

maghenta
EDITORIAL

Los Hijos del Valle

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Luis M. Castilla Villoria, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-043/07
I.S.B.N.: 84-935490-5-3

Impreso en Zaragoza, España.
Talleres Editoriales Cometa.

Los Hijos del Valle

LUIS M. CASTILLA VILLORIA

maghenta
EDITORIAL

Hacer una dedicatoria puede parecer relativamente sencillo, pero hacer a alguien partícipe de un sueño es muy difícil. Nada de lo escrito hubiese visto la luz sin el apoyo incondicional de Cristina. Nadie creyó firmemente en este proyecto y sólo ella fue apoyo y sustento, como en todo lo demás. También conté con mis hijos, Luis y Óscar, que nunca entendían qué hacía papá tantas horas con un ordenador.

Tampoco puedo dejar de contar con el resto de mi familia y amigos, que tienen tanta ilusión como yo en este momento. Y por supuesto, cuento con Susana y Eduardo que, desde donde están, sé que me contemplan con una sonrisa sincera y profunda.

La noche reinaba plenamente. No había nubes y la luz de la luna llena proyectaba sombras por doquier, sin embargo, dotaba de una claridad tal que permitía ver a muchos metros de distancia. Las estrellas, seguramente, titilaban con intensidad y la ausencia de luces en la tierra permitía adivinar un cielo completamente estrellado. Un hombre sobre un corcel negro lo observaba con detenimiento, pensando que incluso el cielo, que era infinito, se habría llenado con tantas estrellas que agobiaba. Habría tal cantidad que parecía que en cualquier momento pudieran caerle encima.

El gran corcel negro, un enorme caballo de guerra, resopló y el frío hizo elevarse a la pequeña nube que salió de su hocico. El hombre retrepó sobre la silla de montar y el sonido metálico de la cota de malla al rozar con su armadura se oyó perfectamente. La plateada armadura brillaba intensamente bajo la luna. Dejó de mirar al cielo y oteó la lejanía intentando ver más allá de la villa que se levantaba a unos metros de él. De vez en cuando, a su espalda, le llegaba el sonido del mar chocando contra el puerto y los barcos que allí permanecían atracados. También llegaban hasta él las voces de los hombres que acarreaban fardos en plena noche. Un escudero se aproximó al hombre.

—Frere don Pedro, os ruego toméis la pelliza.

Don Pedro le cedió el gran escudo que portaba en su brazo izquierdo y alzó una gran piel de oso que colocó sobre sus hombros. Recuperó el escudo y, sin decir nada, adelantó su caballo hasta un grupo de ocho caballeros, también sobre sus monturas, que permanecían igualmente de espaldas al puerto, casi a la altura de la villa. Don Pedro acababa de llegar al lugar y al parecer era el último en hacerlo, sin haber tenido tiempo de descansar después de una tremenda marcha forzada bordeando Francia por su costa oeste. Había recibido la orden de improviso, mientras aguardaba en una encomienda del Temple. Sin apenas tiempo, había preparado el duro viaje con lo justo y partido con un solo escudero con el fin de aligerar lo más posible la marcha. Cuando se acercó al grupo uno de los caballeros se dirigió a él.

—Frere, nos alegramos sinceramente de veros aquí.

—Igualmente, frere, aunque me hubiera gustado veros en un momento más agradable.

El caballero que había hablado, Gastón de Carcassone, tenía el mando del grupo. El resto de caballeros también eran francos.

—No hay tiempo para que lleguen más hermanos, ni siquiera francos. Vos debéis ser el único frere castellano que ha podido llegar hasta La Rochelle. La verdad es que entre los que han caído en esta locura del Rey y los que no habrán recibido el aviso o lo hayan recibido tarde, sólo somos nueve y no seremos más. Algunos no se conocen y no perderemos tiempo en protocolos —dijo dirigiéndose a los ocho caballeros— tan

sólo os diré que el recién llegado es don Pedro Aguilar de Castilla, uno de los hijos del buen Rey de Castilla, cuya fama seguro que ha llegado a vuestros oídos.

—Es curioso frere —dijo don Pedro.

—¿Qué es curioso? —preguntó Gastón.

—Que seamos nueve caballeros, como los nueve caballeros que fundaron nuestra Orden.

Todos meditaron durante unos segundos la frase de don Pedro, el tiempo que duró el silencio sin palabras.

—Cierto frere, cierto —dijo nuevamente Gastón— y espero que eso sea un buen augurio porque lo vamos a necesitar. Les diré cuál es nuestra consigna y el porqué de nuestra presencia aquí.

Formaron una especie de círculo para escuchar las palabras de Gastón. Varios caballos se removieron al encontrarse sus cabezas y los caballeros pugnaban con ellos para mantener la improvisada formación. Los respectivos escuderos se situaron a una distancia prudencial, suficiente para no molestar pero sí para escuchar lo que se decía. Tras ellos, el mar seguía golpeando la dársena del puerto.

—Sois conocedores de la persecución de nuestra Orden por parte del rey Felipe. No hay nada que decir al respecto. Esos barcos que veis allí están terminando de cargar en sus bodegas todos los documentos y archivos que han escapado a la pillería del Rey y su guardasellos, Guillaume de Nogaret. Son los archivos secretos de nuestra Orden, los que contienen su historia y su sabiduría, no sólo de la Orden sino de la humanidad —tomó un lacónico respiro para continuar mientras miraba hacia el puerto—. También se cargan los tesoros que nos permitirán permanecer trabajando y aumentando nuestra sabiduría. Ya han salido otros cargamentos, pero éste es el más importante por los documentos que porta, que ha sido muy difícil de pasar a través de Francia —bajó la cabeza y miró hacia el centro del círculo, al suelo, como buscando una inspiración en la propia tierra—. Sabemos que Guillaume de Nogaret ha sabido de ello y se dirige hacia aquí y nosotros hemos de impedir que logre sabotear el embarque —se irguió sobre su silla de montar—. Bajo ningún concepto se debe impedir la salida de estos barcos, protegiéndolos con nuestras vidas. No podemos permitirlo.

De nuevo el silencio se adueño del grupo. Todos fueron conscientes de inmediato de la importancia de su misión y ninguno de ellos mostró duda o contrariedad. Su resolución estaba clara, eran caballeros de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y sus vidas pertenecían a la sagrada misión de la Orden conocida como del Temple.

Un escudero proveniente de la villa corría hacia ellos a toda la velocidad que su caballo le permitía. Era un observador que Gastón había avanzado un par de leguas para tener tiempo de que los barcos lanzaran amarras, llevaran cargado lo que llevaran en ese momento. Otros barcos de guerra del Temple flanqueaban la costa al norte y al sur para prevenir un ataque por mar.

Los caballeros avanzaron en formación hacia el interior, alejándose del mar y superando la villa hasta alcanzar casi media legua de distancia respecto al puerto. Mientras lo hacían, las primeras naos partían ya.

—Hermanos —dijo Gastón ajustándose su armadura— somos nueve caballeros y ellos vendrán un mínimo de cien. No tenemos ninguna oportunidad de salir vivos, pero nuestra determinación a morir aquí debe ser firme. No retrocederemos hasta que la última gota de nuestra sangre haya abandonado nuestro cuerpo. Cientos de hermanos caídos a lo largo de nuestras batallas en tierra santa y bajo las calumnias del Rey, así nos lo demandan.

—Así sea, hermanos —dijo uno de los caballeros haciendo la señal de la cruz.

—Así sea —respondieron todos al unísono haciendo también la señal.

Don Pedro se deshizo de su pelliza sacando a la luz la gran cruz roja que tenía bordada sobre el fondo blanco de su túnica. Ruido de cascos a sus espaldas les hicieron volverse a mirar. Vieron a sus escuderos, que se dirigían hacia ellos, con trozos de las armaduras de repuesto sobre sus vestimentas y con las armas secundarias de sus señores en sus manos. Un escudero solicitó permiso para hablar.

—Hermanos, nosotros no somos caballeros pero pertenecemos a la Orden a través de nuestros señores. Nos sentimos templarios y queremos demostrarlo, si se nos permite.

Gastón de Carcassone observó y escuchó la escena emocionado, orgulloso del sentimiento de hermandad que se extendía también a los sirvientes de la Orden. En realidad, pensaba, ahí había estado siempre su poder: en la hermandad. Asintió gravemente con la cabeza.

Las luces de numerosas antorchas se vislumbraban ya por el horizonte. Se alinearon dejando un par de metros entre cada uno cubriendo por completo el camino que daba acceso al puerto y que estaba flanqueado por muretes de piedras. Los caballos, curtidos ya en batallas, habían reconocido ya el preparativo para la lucha y estaban nerviosos. Don Pedro miraba las antorchas que inexorablemente se acercaban y pensó que la hilera de luz que formaban bien podía ser la encarnación del maligno. Le sobrevino el recuerdo de su familia, de su madre, de sus hermanos, de su Castilla natal y sus amplios horizontes. Sus ojos se cerraron intentando retener esos recuerdos agradables y así evadirse unos instantes de la cruenta realidad que se tejía a su alrededor. El rumor de la caballería que se aproximaba llegó hasta ellos. El tiempo parecía haberse detenido, el aire parecía no soplar; la naturaleza a su alrededor retenía el aliento, la saliva atravesaba resacas gargantas.

El enemigo ya trotaba hacia ellos. Sabían que estaban allí, los exploradores avanzados así se lo habrían advertido. Los caballos se removían, alguno intentaba recular pero las poderosas manos de los templarios retenían las bridas con fuerza. El silbido que producían las espadas al desenvainar restalló como un látigo. Las manos se cerraron sobre las empuñaduras como garras y los pies se asentaron sobre los estribos como columnas de catedral. Los yelmos se bajaron y les dejó aislados en el interior de sus

armaduras con sus propios pensamientos, sus propios miedos. Un caballo pateó con rabia el suelo con sus cuartos delanteros.

La caballería enemiga ya galopaba y el estruendo de cientos de cascos resonaba en sus oídos de forma ensordecedora. La adrenalina se había disparado y los caballeros temblaban de tensión. La imagen del enemigo lanzado al galope aterrorizaba y un escudero volvió la grupa de su caballo y, preso del miedo, se lanzó en una loca carrera. Sus compañeros, tras los caballeros templarios, cerraron filas.

—Por Dios y por nuestra Orden –gritó a pleno pulmón Gastón de Carcassone, y todos los templarios, seguidos de sus escuderos, se lanzaron al encuentro de las tropas del Rey.

En el mar, en una de las naos templarias que pugnaban con las olas tratando de alejarse de la costa, otro hombre miraba a través de un catalejo el combate. No podía distinguir a los hombres, en realidad sólo podía ver un tremendo barullo. Sin embargo, una lágrima resbalaba por su mejilla, seguro de que su hermano, Pedro, ya había muerto. Retiró el catalejo de su ojo y lo observó con cierta curiosidad. Con ese artilugio, casi diabólico, copiado de los árabes, había visto adónde les había llevado la traición. Juró venganza.

CAPÍTULO I

La carretera parecía realmente un espejo. El agua caída durante la noche se había transformado al amanecer en enormes placas de hielo que cubrían todo el ancho de la calzada. La escarcha teñía de blanco a los diversos árboles y a la numerosa vegetación de los alrededores. El día, sin embargo, se presentaba claro, diáfano, lleno de luz. Era un día típico de la zona centro de España: luminoso, despejado, pero cargado de frío. El tráfico era escaso por la temprana hora, cosa algo extraña ya que, aunque la carretera no era una nacional, la proximidad de la estación de esquí de Valdezcaray se debería ya notar en forma de madrugadores esquiadores y excursionistas.

El Nissan Patrol blanco y verde de la Guardia Civil circulaba lentamente por la LR-205 en dirección a San Millán de la Cogolla, tras abandonar la carretera nacional. Los dos guardias de su interior se frotaban las manos al pensar en su relevo y en el opíparo desayuno que se tomarían antes de irse a la cama a descansar. El relevo se había retrasado al tener que acudir a una llamada por una accidente de tráfico en una carretera comarcal próxima. El vaho producido por la calefacción del vehículo apenas les permitía ver más que hacia delante.

—Manolo —dijo el copiloto— ¿qué hace allí ese coche? —preguntó señalando hacia la derecha.

—No lo sé —respondió el conductor—. Será algún excursionista.

El guardia que había hablado primero limpió con la manga de su uniforme la ventanilla del todo terreno, pero la humedad resultante del vaho tampoco le dejaba observar con nitidez. Bajó la ventanilla y un frío que cortaba la respiración se introdujo en el vehículo. Con los ojos entornados y llorosos no perdía de vista al coche.

—Para Manolo, vamos a echar un vistazo —dijo de pronto.

—Joder, Julio, que son las nueve y media y hace una eternidad que teníamos que haber hecho el relevo. Te digo que serán excursionistas.

—Sí, y se han ido de excursión dejando las puertas abiertas y los pilotos encendidos. Para ya, ¡coño!

El Patrol se detuvo en el arcén y conectó las luces azules del techo y las intermitencias de emergencia. Se calaron el pasamontañas y el chaquetón. Salieron del todo terreno mirando en todas direcciones. Se detuvieron a un par de metros y se aseguraron antes de acercarse al coche que no se oía nada ni se veía nada. Iniciaron la aproximación, uno por cada lado, con calma, no dejando de observar a su alrededor. A siete u ocho zancadas del coche se volvieron a parar. Ningún sonido se distinguía más que el de sus propias respiraciones. Se miraron extrañados e instintivamente ambos

soltaron el seguro de cuero de sus cartucheras. Siguieron avanzando. No parecía haber nadie en el interior del coche. Las dos únicas puertas estaban abiertas de par en par. Julio de pronto se detuvo en seco. Manolo lo miró con atención mientras hacia lo mismo.

—Manolo —dijo Julio en voz baja— las luces que están encendidas son las de freno.

—¡Si no se ve a nadie dentro!

—Te digo que son las de freno, mi cuñado tiene uno igual. Vamos a abrimos hacia los lados.

Avanzaron en diagonal respecto al coche, como si se alejaran de él, para tener más ángulo a medida que se acercaban ya con las armas en la mano. El aliento ya comenzaba a humedecer el interior del pasamontañas. El frío era realmente intenso. Manolo fue el primero que distinguió lo que parecían unas piernas en el asiento anterior derecho. Levantó una mano y señaló con la otra al coche para advertir a Julio. Este también lo vio.

—¡Guardia Civil! —las palabras restallaron en el silencio como un trueno imprevisible—, salgan del coche, por favor.

Nadie respondió. Sólo unos movimientos de hojas en las copas de los árboles. Sin duda, algún pájaro asustado.

—¡Guardia Civil! —volvió a repetir— ¡salgan del coche!

De nuevo nadie respondió. Con un movimiento de cabeza señaló Julio a su compañero el avance. Se movieron dos pasos en paralelo al coche, ya apuntando con sus armas. En ese momento sus ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas y de los pasamontañas. En el interior del coche, sentadas, dos personas sin sus respectivas cabezas.

El teléfono sonó en el salón de la casa del cabo primero de la Guardia Civil Julio Ramírez. Este levantó su cabeza en dirección al aparato y pensó, sin saber muy bien porqué, que la llamada no iba a ser de su gusto. Se levantó de su sillón y tras bajar el volumen de la televisión con el mando a distancia, cogió el teléfono. Pronunció un lacónico diga y escuchó con detenimiento sin articular palabra durante los escasos treinta segundos que duró el monólogo de su interlocutor. Colgó el auricular, se dirigió a su habitación y se calzó unos zapatos y sacó del armario del pasillo un recio chaquetón.

Mientras se dirigía caminando hasta el cuartel no dejaba de dar vueltas a todos los pasos del proceso de investigación que habían seguido hasta el momento. Cada vez se volvía más y más enrevesado, a cada momento surgían nuevas preguntas de diversos departamentos policiales, los cuales iban subiendo en el escalafón. La verdad es que no entendía qué estaba pasando. Al entrar al cuartel vio en la puerta un Peugeot 406 azul oscuro, nuevo, que apeataba a vehículo oficial a pesar de no llevar ningún tipo de distintivo. Se encaminó directamente al despacho del comandante del puesto. Este lo vio venir al salir de su dependencia.

—¡Ah!, hola, Ramírez. Iba a encargar café... pero pasa, te estamos esperando —dijo el teniente, comandante del puesto

En el despacho estaban sentadas dos personas. Ambas le miraron con atención cuando hizo su entrada precedido por el teniente. La estancia, que normalmente no tenía nada de interesante, ahora le pareció diferente. En realidad era un despacho que, como tantos de tipo oficial y bajo rango, eran absolutamente estereotipados. El mobiliario cuadrado y viejo, que no antiguo, era totalmente funcional y gris. Lo que realmente sorprendía era la máquina de escribir Olivetti, la cual parecía resistirse a ser sustituida por el ordenador situado a su lado. De pronto al guardia civil le llamó la atención porque hacía tan solo tres o cuatro años todos los papeles de la Comandancia pasaban por la Olivetti. Era increíble como avanzaba todo. Nunca había reparado en ello.

—Señores, el cabo primero de la Guardia Civil, Julio Ramírez —dijo el teniente—. Ramírez: estos señores son Javier Alonso y Antonio Sáez, de la Brigada Central de Información de la Guardia Civil.

—Encantado señores —respondió Julio a la breve presentación de su jefe.

—Tome asiento, Ramírez, tome asiento. Estos señores quieren hacerle varias preguntas.

El más joven de los dos se puso en pie mientras consultaba unas notas en lo que parecía ser un mini ordenador portátil que cabía en una mano. Su aspecto era de lo más anodino, con unos simples pantalones vaqueros y un jersey gris de lana.

—Bien, Ramírez. Nos gustaría que contará otra vez el descubrimiento del coche y de los cuerpos, pero sin perder detalle de nada —dijo sin ni siquiera mirarle.

—Ya lo he repetido cinco o seis veces, señor.

—Sáez. Señor Sáez. Ya sé que lo habrá repetido varias veces, pero ninguna de ellas ha sido a nosotros. Tenemos el atestado, el informe y hasta las conclusiones previas de la investigación al mando de la Comandancia de Logroño. No es suficiente para nosotros. Quiero que lo repita, pero además con todos los pensamientos que tras dos días del hecho sé que no habrá reflejado en su atestado y que habrá callado por vergüenza o por cualquier otra razón.

Esta vez sí que lo había mirado y además directamente a los ojos, sin desviar su mirada un segundo. Había sido una orden directa y contundente pero realizada con corrección en el tono. Ramírez explicó todos los detalles concentrándose en no perder detalle, ni un solo recuerdo del momento, hasta lo más absurdo. Cuando hubo terminado, habiendo sido interrumpido en pocas ocasiones y sólo para cotejar los datos que él iba dando, se hizo un breve silencio.

—Muy bien, Ramírez, ha sido una buena exposición de los hechos —sentenció Sáez—; ahora vamos a hacerle una serie de preguntas que quizá le parezcan extrañas. Obvio recordarle que nada de lo que aquí oiga o concluya podrá salir fuera.

—Por supuesto, señor Sáez, soy muy puntilloso en lo que se refiere a la confidencialidad.

—Perfecto. Teniente creo que sería el momento indicado para esos cafés que había prometido. Vamos a estar un rato.

El teniente salió a encargar los cafés, momento que aprovechó Ramírez para dirigirse a sus contertulios.

—Antes de seguir, déjenme que les diga una cosa. Sé muy bien que la Brigada Central no se dedica a investigar simples asesinatos por muy macabros que sean. Así que, o bien éste en particular es algo muy extraño, que lo es, o tiene que ver con algún tipo de delito más importante. Ya que estoy en el meollo de la cuestión me gustaría saberlo.

Los dos hombres se miraron entre ellos. No esperaban algo así. El más mayor, que aún permanecía sentado, acercó su silla con ruedas hasta Ramírez, situándola en un lateral en sentido contrario, como si fuera una especie de confesionario, dejando sus cabezas muy próximas entre ellas.

—Usted no debería saber qué está pasando, entre otras cosas porque nadie lo sabe. Estamos en el inicio de la investigación. No sabemos qué es. Tiene usted razón en lo de la Brigada Central. Por su expediente sabemos que usted tiene cualidades superiores al propio puesto que desempeña, así que, a lo mejor, ¡hasta se le ocurre algo que pueda ayudarnos!

Ramírez no perdió la compostura ni ante el sarcasmo final de la alocución.

—Pues a lo mejor ayuda el saber quiénes eran el hombre y la mujer del coche.

—Pues precisamente por ser quienes eran estamos mi compañero y yo aquí, con usted, en el día de hoy.

—¿Y bien? —inquirió tercamente Ramírez cada vez más molesto con el tono pero más interesado por el tema.

Los dos hombres se volvieron a mirar. No parecían muy seguros de revelar ese dato al guardia civil. Sáez repentinamente tomó la decisión. Era el único testigo del hallazgo y no tenían nada por dónde empezar. Convenía que estuviera abierto a la colaboración. Lanzó un suspiro y le dijo:

—Eran Gosbin Ugarte Castaño e Idoia Reina Basarrate, a ctivistas liberados del reconstituido comando Guipúzcoa de ETA.

Ramírez no abrió la boca. Aquel dato cambiaba absolutamente el panorama de hipótesis en las que él se había movido hasta el momento. No lo hubiera podido imaginar nunca.

—Bien. Una vez informado, creo que nos a toca nosotros —soltó a bocajarro Alonso—. Así que...

La brusca apertura de la puerta del despacho le interrumpió. El teniente apareció precediendo a un auxiliar que portaba una bandeja de cafés. Éste la dejó encima de la mesa y se retiró. El teniente se sentó de nuevo en su sillón dispuesto a escuchar lo que allí se dijera. Alonso lo miró con detenimiento durante unos segundos.

—Teniente, si no le importa, nos gustaría seguir trabajando a solas con Ramírez —dijo Alonso.

—¡Sí me importa! Es mi jurisdicción y este hombre está bajo mi mando —contestó indignado.

—Mire, teniente, yo tengo mis órdenes igual que usted las suyas. Yo le rogaría que no pusiera las cosas más difíciles de lo que están. Insisto.

—Yo también insisto.

Alonso meneó la cabeza como si estuviera ante un niño que no obedece o no entiende la orden que le están dando.

—Sáez, llame a la comandancia a Logroño y que pongan al teniente en antecedentes.

Antes de que Sáez alcanzara el teléfono el teniente se levantó con furia de su sillón.

—No hace falta. Si su desconfianza llega hasta ese punto, el que no quiere oír nada soy yo —ladró casi gritando.

Se encaminó hacia la puerta con aire altivo, no sin antes ordenar los papeles que sobre el caso yacían sobre su escritorio. Antes de cruzar el umbral una voz lo detuvo.

—Teniente —dijo Alonso sin volverse a mirarlo—. Tampoco quiero ningún tipo de presión posterior a Ramírez para que le cuente nada.

La puerta se cerró de golpe rebotando sobre el marco y volviéndose a abrir. En el pequeño despacho sonó como un tremendo martillazo. El teniente ni siquiera se volvió para cerrarla de nuevo.

—Bien, volvamos a nuestro asunto —dijo Alonso mirando a Ramírez— ¿qué le parece divertido? —preguntó viendo una sonrisa en el rostro del guardia.

—Hombre, no todos los días se ve a un oficial plegando velas ¡y de qué manera!

—Bueno, Ramírez, no haga leña del árbol caído: es de mala educación. Vamos a ver si repasamos los acontecimientos. Usted dijo que sobre las nueve treinta fue cuando vieron el coche. Pararon y fueron a inspeccionar. Antes de eso ¿cuánto tiempo hacía que habían pasado por el mismo sitio?

—Unas tres horas —respondió Ramírez.

—Es mucho tiempo sin pasar por el mismo sitio ¿no?

—Desde el cierre, hace unos tres años, de varias casas cuartel en algunas poblaciones, el área de trabajo se ha multiplicado por cuatro, pero los efectivos no.

—Vale, vale. La anterior vez que pasaron no vieron nada, ¿está usted seguro de esto?

—Completamente seguro. Yo hago bien mi trabajo, aunque no tenga la importancia del suyo.

—Ramírez —dijo Sáez—. No estamos cuestionando ni su trabajo ni su profesionalidad, simplemente estamos intentando aclarar algunas cuestiones. De verdad.

El guardia se acomodó en su silla. Intentaba no estar a la defensiva pero no podía evitarlo. La verdad es que estaba encantado con el tema, siempre había querido participar en alguna investigación de altos vuelos.

—Disculpen, pero es que cuando alguien viene de Madrid parece empeñado en demostrar que los demás somos tontos o incompetentes —dijo apoyando sus codos sobre las piernas inclinándose levemente hacia delante—. Pregunten ustedes.

Como no dando importancia a lo que acababa de oír, Sáez volvió a consultar algo en su mini ordenador. Tardó unos segundos en hacerlo y sentándose de lado sobre el escritorio le miró, esta vez con afabilidad. Le estaba cayendo bien el guardia.

—No sé si usted ha reparado en que no había huellas de neumáticos sobre la tierra, ni tampoco pisadas en los alrededores del vehículo.

—Lo he pensado a posteriori. He vuelto un par de veces al lugar, aunque sin pasar la barrera de cintas que limita el acceso para no borrar involuntariamente ningún tipo de huella —respondió Ramírez con un tono profesional—. Mi conclusión al respecto es que, debido al frío de estos días, la tierra se endurece como el granito y no se hunde ni un milímetro al paso de vehículos ni de personas.

—Estoy de acuerdo —dijo Alonso— pero esa misma noche había llovido, si no estoy mal informado. Algo de barro tendría que haber.

—Sí, ciertamente había llovido, pero era una lluvia muy fina que se transforma rápidamente en hielo, y si el coche se hubiera parado donde estaba, justo cuando llovía, hubiera sido posible, pero ya le he dicho que tres horas antes no estaba.

—Buena observación, Ramírez, buena observación —apostilló Alonso— pero el motor no estaba frío, estaba helado según su propio atestado. Debía llevar tiempo allí.

—Sí, es una de las primeras cosas en las que reparé, aunque ciertamente no la primera.

—¿Y cuál fue la primera? —preguntó Alonso.

—Rastros de sangre, la primera fue buscar rastros de sangre —contestó Ramírez.

—¿Por qué?

—Porque no entendía que dos personas sin cabeza no tuvieran manchada la ropa de sangre, ni hubiera rastro alguno en ninguna parte del coche.

—¿Buscó usted alrededor del coche el rastro?

—Sí, e incluso en la dirección contraria desde la que supuestamente había venido el coche, porque tal como estaba situado todo hacía suponer que había venido desde la carretera.

—Ya, y usted pensó que podía no haber venido desde allí. ¿En base a qué? —inquirió Sáez mirando casi perplejo al guardia.

—No lo sé, pero todo aquello era muy extraño, porque un coche parado, con las puertas abiertas y las luces de freno accionadas por el pie de una persona sin cabeza, es lo suficientemente extraño como para buscar pruebas o huellas donde normalmente no se buscarían, al menos eso creo yo —dijo pasándose despacio la mano por su pelo. Acto seguido se levantó e inició un paseo tranquilo en el poco espacio libre mientras seguía hablando. Ahora bien, en el posterior rastreo que se hizo, tras el preliminar que realizamos mi compañero y yo, ya con efectivos de la comandancia de Logroño, no se encontró nada, ni un rastro de sangre y les puedo asegurar que se buscó muy lejos y en todas las direcciones.

Durante unos segundos el silencio reinó en la estancia. Casi parecía sentirse a las neuronas de cada uno de ellos trabajando a toda velocidad.

—Bien, Ramírez, bien. Si yo no le hubiera dicho que eran etarras, usted ¿qué conclusión habría sacado a tenor de sus datos? —preguntó Alonso.

—La más firme entre varias hipótesis era una especie de rito satánico y la segunda hipótesis, algo relacionado con algún tipo de mafia.

—¿Algún tipo de mafia?

—Sí, como en las películas, como aviso para navegantes para otros.

Alonso y Sáez se miraron asombrados. Habían venido a buscar meros datos técnicos y se habían encontrado a todo un Sherlock Holmes con uniforme de guardia civil.

En ese momento Alonso se levantó y sin mirarle le espetó:

—Nos disculparé un momento, Ramírez.

El guardia detuvo su paseo y les miró asombrado por lo brusco de la petición.

—Por supuesto —acertó a responder. Se dirigió a la puerta y abandonó el despacho. Mientras caminaba hacia el servicio pensó que como mínimo había sacado en claro dos cosas: que no sabían ni por dónde meterle mano al asunto y la segunda que el de mayor graduación era Alonso. La verdad es que era muy poco bagaje para las expectativas que él mismo se había creado.

Cogió el picaporte de la puerta del servicio, que estaba sólo a tres o cuatro metros del despacho del teniente, en el mismo pasillo. El picaporte se resistía, como siempre. Mientras pugnaba por abrir, una voz le sobresaltó:

—¡Ramírez!

Se giró a su derecha y vio a Alonso en el pasillo. Llevaba un largo abrigo azul oscuro.

—En media hora salimos para Madrid —dijo Alonso.

—¿Ya han terminado aquí? —preguntó Ramírez con aire de extrañeza.

—Creo que no ha comprendido. Usted viene con nosotros.

Ramírez permanecía con el picaporte en la mano sin decir nada, se había quedado totalmente en blanco. Alonso paso a su lado hacia la salida de las oficinas y Ramírez seguía allí, agarrado a la puerta. Sáez se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo, Ramírez. Coja de su casa una maleta con lo estrictamente necesario para una semana, más o menos.

—¿Estaré fuera una semana? —dijo sin soltar la puerta.

—No, seguramente sea más tiempo pero ya le proporcionaremos lo que necesite para más adelante —contestó Sáez—, ¡y deje ya la puerta, hombre, que no se la puede llevar!

Ramírez se olvidó de entrar en el servicio y se encaminó sin notarlo hacia la calle.

—¡Ramírez! —le llamó Sáez. El guardia se dio la vuelta y le miró a los ojos.

—Tranquilo. Y tampoco se preocupe por los aspectos burocráticos de su actual destino, Alonso ya lo está arreglando todo.

Julio Ramírez caminaba sin saber si lo hacía apresuradamente o con parsimonia, ni siquiera pensaba si iba en la dirección correcta, su aparato motriz parecía funcionar de forma automática. Sin saber cómo, se encontró frente a la puerta de su casa. Buscó en sus bolsillos las llaves durante un rato hasta que decidió que seguramente habría salido de casa sin ellas. Llamó al timbre y aguardó hasta que un compañero, soltero como él y con el que compartía casa, le abrió la puerta.

—¿Y tus llaves? —preguntó el compañero.

—Por aquí las he dejado.

—¿Ya has terminado con los de la Brigada? —volvió a preguntar.

—¿Cómo te has enterado?

—Me ha llamado García y me ha dicho que estabas encerrado con ellos. ¿Qué tal?

—No se qué decirte. Me voy a Madrid con ellos.

—¿Por qué?, ¿ha pasado algo?

—No lo sé, Joaquín, no lo sé. Voy a recoger mis cosas.

Se fue a su habitación y se sentó en el borde de la cama totalmente en blanco. No pensaba en nada en particular y pensaba en todo. Al final, tras mucho rato en esa situación, llegó a la conclusión de que tal vez, sólo tal vez, fuera su gran oportunidad, la que llevaba años, desde que salió de la academia, esperando.

Cuando llegó a la calle eran ya las doce y media de la noche. En el Peugeot azul oscuro le esperaban Alonso y Sáez. Al verlo salir, Alonso abrió la puerta del coche.

—Ramírez —le dijo en plena calle— creo haber dejado muy claro que la partida era en media hora, no en cincuenta minutos.

Sin contestarle, el guardia fue hasta el maletero del vehículo e introdujo su maleta. Se quitó el abrigo y entró en la parte posterior del coche.

—Señor Alonso, hay cosas que son de uno mismo y que no tienen ningún tiempo límite. Ninguno –contestó sosegadamente Ramírez.

Sáez sonrió mirando por el retrovisor mientras pensaba que, después de todo, aquello no iba a ser aburrido. Introdujo la primera velocidad y el coche partió raudo hacia la carretera de enlace con la autopista A-68 para dirigirse a Madrid.

En el trayecto, el silencio de los tres viajeros era lo que imperaba. Cada uno de ellos estaba absorto en sus propios pensamientos y ninguno parecía dispuesto a iniciar una conversación, además estaban amparados por la oscuridad, sólo rota de vez en cuando por las luces de otro vehículo que era sobrepasado, porque Sáez llevaba una media de velocidad altísima. No se detuvieron, más que a reponer gasolina, hasta Madrid.

Al entrar a Madrid, prácticamente solos, sin tráfico, el Peugeot enfiló por la M-30 hasta la salida Conde de Casal y subiendo por la avenida del Mediterráneo, girando al final de la misma hacia la derecha, a Menéndez Pelayo. A la altura del número ochenta y siete se detuvieron. Sáez salió del vehículo e invitó a Ramírez a salir también. Alonso pasó al puesto del conductor mientras sus dos compañeros de viaje se dirigían hacia un portal tras haber recogido la maleta de Ramírez del maletero. Alonso bajó la ventanilla.

—Mañana a las nueve pasarán a por ustedes –dijo–, a las nueve y media les quiero ver en mi despacho.

—De acuerdo, hasta mañana –respondió Sáez.

Subieron por el ascensor hasta la tercera planta y una vez allí Sáez sacó unas llaves y abrió la puerta B.

—Adelante, Ramírez, está en su casa.

Accedieron al interior, a través de un breve hall, a un salón de generosas dimensiones. La decoración era agradable, muy modernista donde imperaba la mezcla entre metal y madera de haya, pero no exento de ciertos toques clasicistas que hacían el ambiente atractivo y cálido. Un gran sofá en color crema presidía la gran estancia.

—Bien, Ramírez, ésta es mi casa y donde residirá usted un tiempo. Le enseñaré su habitación y creo que es mejor que vayamos a descansar. Nos esperan duras jornadas.

—No sé si dormiré, pero sí, creo que es mejor intentar descansar –respondió.

Le acompañó hasta una habitación a la que se accedía directamente desde el salón, de hecho, Ramírez se dio cuenta en ese momento que desde el salón se accedía a casi todas las dependencias. Le recordó a la plaza mayor de un pueblo. La habitación era grande, con una cama casi de matrimonio y con una decoración muy similar a la del salón. Un gran cuadro en tonos pastel hacía las veces de cabecero de cama y atraía la mirada sin que uno se diera cuenta.

La casa estaba caldeada gracias a la calefacción aunque, presumiblemente, hasta que ellos llegaron, no debería haber nadie. El guardia se desvistió y se acostó con una simple camiseta. Apagó la luz y se quedó a oscuras pensando y meditando sobre el vuelco que habían dado los acontecimientos sólo en unas horas. Estaba nervioso ante el día que se avecinaba y tenía temor de no estar a la altura de las circunstancias, pero el desde luego, iba a demostrar a todo el mundo de lo que era capaz y quizá esta situación cambiará radicalmente el rumbo de su vida en un futuro próximo. Su último pensamiento antes de dormirse fue para Ana, su novia, a la que aún no había dicho nada, y para su padre: un guardia civil, ya fallecido, que había dedicado su vida al cuerpo; sin duda, estaría orgulloso de él. Este recuerdo le reconfortó y se durmió con él.

CAPÍTULO II

El amplio ventanal estaba orientado hacia el parque del Retiro. Desde él se divisaba una gran parte del parque. La figura de Julio Ramírez se recortaba en el ventanal. La abundante vegetación combinada con la claridad de la mañana mostraban ante la vista un paisaje lleno de juego de colores que otorgaban, sin apenas apreciarlo, una alegría interna, una sensación de bienestar que invitaba a dar la bienvenida a este nuevo día, aunque en realidad la situación de nerviosismo que vivía ante lo desconocido, rápidamente le devolvió a la realidad.

Unos minutos antes, unos golpes en la puerta de su habitación le habían despertado de un inquieto sueño, que en las pocas horas en las que se había producido había oscilado entre un sueño profundo y un duermevela de lo más incómodo. Alguien, supuso que Sáez, le había dejado una toalla de baño sobre el pomo de la puerta. Se duchó y tras vestirse con una camisa y unos pantalones de loneta, se acercó a la cocina de la que venía un aroma a café muy agradable. En ella estaba Sáez sentado a una mesa sobre la que había café, tostadas de pan, mantequilla y zumo de naranja. Las noticias matinales de la televisión se oían de fondo.

Hasta ese momento no se había fijado a fondo en Sáez, pero en esta ocasión sí lo hizo. Realmente no destacaba por nada, no había ningún rasgo físico preponderante, tan sólo sus ojos, marrones y grandes que parecían moverse en todas las direcciones, resaltaban. Era moreno de tez, pero no en exceso, de altura media, con unas buenas espaldas y unos brazos y manos con apariencia de ser realmente fuertes, aunque vestía ropas holgadas que lo disimulaban. Su pelo, muy corto, era muy negro y ese quizás sí era otro rasgo destacable, porque brillaba de lo oscuro que era.

—Buenos días, Ramírez ¿ha dormido bien? —preguntó Sáez.

—Buenos días. He dormido a ratos, ¿y usted?

—Como un bendito, la verdad. No sé si será de su gusto el desayuno, pero es lo que yo suelo tomar por las mañanas.

—Sí, sí, perfecto.

—Pues apresúrese, que dentro de quince minutos hay que estar abajo —dijo Sáez— por cierto, ya que vamos a trabajar juntos y pasaremos muchas horas codo a codo, creo que, si no tiene inconveniente, sería mejor tutearnos.

—Por mí estupendo. Mi nombre de pila, como ya sabe, es Julio.

—El mío Antonio, pero todos me llaman Antón que al mismo tiempo es mi mote guerrero en la Brigada.

Tras el desayuno, que le sentó al guardia de maravilla, bajaron a la calle en la que ya les esperaba un coche en doble fila. Subieron y, sin mediar palabra, el vehículo se lanzó la calle arriba a gran velocidad a pesar del abundante tráfico de esa hora. El guardia miraba por la ventanilla absorto en los problemas de tránsito de su alrededor. La verdad es que siempre se preguntaba cómo era posible que la gente viviera en esas condiciones de stress continuo. Desde luego en su Teruel natal nunca lo había vivido, como tampoco en ninguno de sus dos destinos como guardia civil y en las cortas estancias en Madrid, por motivos de trabajo, nunca había conducido él. La verdad, ¡era increíble!, pensó.

Cuando se quiso dar cuenta, el coche entraba en la comandancia de la Guardia Civil de la calle Guzmán el Bueno. El vehículo se detuvo al pasar el control de entrada y Antón abrió la puerta para salir. Julio le imitó. Ambos caminaron por un estrecho pasillo al que se accedía por un angosta puerta nada más sobrepasar el control. Al final del pasillo un ascensor les llevó hasta la cuarta planta. En ella un pasillo, esta vez bastante más ancho, era el distribuidor para una infinidad de puertas que correspondían a un sinfín de despachos, todos ellos identificados con placas de metacrilato en las paredes a la derecha de las puertas. Avanzaron por el largo pasillo hasta que Antón se paró frente a una de las puertas; en el cartel estaba escrito el nombre de Javier Alonso con la palabra coronel delante y, debajo del nombre y el rango, rezaba claramente: Brigada Central de Información, que hicieron parpadear varias veces a Julio.

La puerta, grande, oscura, parecía amenazadora y daba a entender que lo que se cocía tras ella debía ser siempre lúgubre e importante al tiempo, al menos eso era lo que pensaba en ese momento Julio. Antón golpeó un par de veces la puerta. Eran las nueve y media en punto de la mañana.

—Adelante —se oyó.

Entraron y se encontraron frente a un despacho de grandes dimensiones en el que se hallaban sentadas tres personas en una mesa redonda a la derecha frente a un revoltillo de papeles. En ese momento se levantaron y Julio dio un respingo al reconocerlos.

—Buenos días, señores. Señor ministro, este es el capitán de la Guardia Civil Antonio Sáez.

El ministro se adelantó con el brazo extendido y se produjo un breve apretón de manos.

—Al señor director general ya lo conoce usted señor Sáez —dijo Alonso, y ambos hombres asintieron con una leve inclinación de cabeza.

—Y éste, señor ministro, es el cabo primero de la Guardia Civil Julio Ramírez, del que ya le he puesto en antecedentes.

Se produjo otro apretón de manos con un grado de afectividad netamente superior al anterior.

—Encantado de conocerle, cabo. Estoy realmente satisfecho de cómo se ha producido su elección para participar en esta investigación. El coronel Alonso me ha contado los pormenores y tiene mi total respaldo para contar con su colaboración.

—Ramírez, le presento al director general de la Guardia Civil, don Vicente Astudillo —dijo Alonso.

Se sucedió un nuevo apretón de manos.

—Reitero las palabras del señor ministro, cabo Ramírez.

Julio Ramírez respondió a los apretones de manos de forma muy efusiva y con un color sonrojado que cubría casi por completo su rostro. Se encontraba realmente abrumado y de su boca no salió ni una palabra, incapaz por completo de articular palabra.

—Bien, ¿nos sentamos? —preguntó Alonso.

Alrededor de la mesa se encontraban dispuestas sillas para los cinco. En ese instante reparó Julio que todos los muebles eran de metacrilato, así como la gran estantería de uno de los lados, lo que le confería al despacho un amplitud visual y una luminosidad enorme. Tampoco había cuadros ni fotografías, salvo el consabido retrato del rey Don Juan Carlos tras el escritorio. Sin embargo, sí había numerosos paneles de corcho con infinidad de papeles pegados con chinchetas.

Tras unos breves segundos de silencio, un leve carraspeo del ministro atrajo todas las miradas hacia él.

—Bueno, señores, seré muy breve porque mi agenda de hoy es muy apretada. Lo que tenemos entre manos es un asunto de prioridad absoluta y muy, muy delicado, del cual están al tanto no sólo en Moncloa, sino en el palacio de La Zarzuela. Hasta el momento hemos conseguido que no trascendiera a la prensa, pero somos conscientes de que esto durará poco, así que hay que darse prisa. A grandes rasgos les diré que la preocupación es tremenda, entre otras cosas porque no sabemos qué está ocurriendo y básicamente porque esperamos y deseamos que no se trate de un nuevo tipo de GAL o algo semejante. Esas cosas no pasan bajo mi mando y en mi ministerio, las consecuencias en nuestra sociedad serían desastrosas y no estamos dispuestos a tolerarlo. Si el tema no va por esos derroteros, es de todas formas muy preocupante porque o bien hay una facción nueva en ETA o bien se trata de nuevos actores sobre el escenario.

« En cualquier caso, coronel, tendrán que hacer lo humanamente posible por averiguarlo sin escatimar en nada, ya le he dicho que es de prioridad absoluta y quiero que el director general me informe todos los días a primera hora de la mañana de los sucesos, averiguaciones y avances del día anterior.

El ministro no había dejado de mirar sucesivamente a todos y cada uno de sus contertulios. Su exposición había sido hecha en un tono medio, con cierta lentitud pero no exenta de rotundidad inapelable.

—¿Alguna pregunta? —preguntó el ministro.

—Señor ministro —dijo Alonso—, en el curso de las investigaciones necesitaremos coordinarnos con otros cuerpos como la Ertantza o la Policía Nacional e incluso el CNI.

—Coronel —le interrumpió el ministro— sólo lo harán cuando sea imprescindible y la colaboración la solicitarán al más alto nivel a través del director general. Si tienen que recurrir forzosamente a cualquier otra institución o particular pueden hacerlo, siempre y cuando, no revelen ningún dato sobre el caso o al menos la naturaleza del mismo.

El ministro se levantó de su silla y en el acto fue secundado por el resto. Con ese gesto había puesto punto final a la conversación.

—Señores, estoy totalmente seguro de que harán todo lo que esté en su mano para solucionar este entuerto. Tienen toda nuestra confianza —dijo al tiempo que repartía un nuevo apretón de manos—. ¡Ah, coronel!, no regatee por temas presupuestarios en este caso —hizo un breve alto en sus palabras mirando al suelo, como si intentara recordar algo o pensara si debía decir algo más o no—. Creo que he sido suficientemente claro en todo. Buenos días.

Salió de la sala con el director general tras él. El silencio que se produjo al cerrarse la puerta era suficientemente elocuente y ninguno hizo el más nimio comentario.

—En fin señores —dijo Alonso mirando a Antón— creo que hay que empezar a trabajar ¡y a tope! Lo mejor es que pases toda la documentación a Ramírez y que se la vaya estudiando a fondo.

—Nos iremos a la sala de reuniones. Será nuestro centro de operaciones, si no tienes inconveniente —respondió Antón.

—No, me parece bien, pero asegúrate de que las llaves sólo las tenemos nosotros. ¿Usted tiene alguna cuestión que quiera plantear? —preguntó a Julio.

—No, mi coronel; creo que está todo claro.

—Ramírez, mientras en este grupo no vayamos de uniforme nos tutearemos. No quiero formalidades de ningún tipo en el equipo.

—A sus órdenes, pero ¡será algo difícil acostumbrarme después de tantos años! —dijo con aire risueño Julio, a lo que sus compañeros respondieron con francas sonrisas.

—Venga, el tiempo apremia: ¡a trabajar!

Antón cogió el mazo de papeles de encima de la mesa redonda e hizo un gesto a Julio para que le siguiera. Salieron del despacho y torcieron a la izquierda enfilando el pasillo con decisión. Cuatro estancias más allá Antón abrió una puerta con decisión. En la puerta, por su parte interior, colgaban de la cerradura un manojo de tres llaves que Antón descolgó y se guardó en su bolsillo derecho. La sala era cuadrada y totalmente despojada de cualquier tipo de decoración, exceptuando la mesa ovalada y las sillas ubicadas en el mismo centro, así como una tabla de aglomerado que apoyaba sobre un par de caballetes de pino sobre la cual había una cafetera automática y vasos de plástico.

Antón se sentó en un extremo del óvalo y Julio al otro. Abrió un grueso legado de entre los papeles.

—Bueno. Vamos a empezar por el principio. Lo repasaremos y a mí me servirá de recordatorio. Párame cuando necesites y me haces cualquier pregunta o sugerencia ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Adelante.

Antón sacó un paquete de Winston y unas cerillas de su cazadora de piel. Julio le miró extrañado porque no le había visto fumar en ningún momento. Antón alargó la mano con el tabaco en ella.

—¿Fumas?

—No. Gracias.

—Fumarás –dijo de forma categórica. Encendió un cigarrillo y aspiró una gran bocanada. La expiró con lentitud.

—Bien. Tu hallazgo fue el 17 de enero, sin embargo esto comenzó antes: el 20 de diciembre la Interpol nos comunica que se ha hallado el cadáver de un hombre en la isla de Terranova que responde al nombre de Josu Apaolaza Ostiz, el cual estaba en busca y captura internacional por pertenencia a banda armada y asociación de malhechores, según instrucción del juez Garrigues. El cuerpo fue hallado en idénticas circunstancias que los que tú encontraste, con la salvedad de que, en vez de estar en un coche, estaba sentado en el salón de un estudio que se había alquilado, sólo por un mes, bajo un nombre e identidad falsa. Hasta la fecha la cabeza no ha aparecido. Ahí tienes la transcripción del informe de la Interpol ya traducido.

Julio cogió los papeles grapados en una de sus esquinas superiores que le ofrecía y se entretuvo unos segundos en leerlo. No había nada que le llamara la atención. Parecía ser un fotocopia de su propio informe el día de su hallazgo, las mismas pesquisas en la casa, en los alrededores, buscando cualquier tipo de pista.

—Como en mi caso, no encontraron nada anómalo –dijo Julio casi pensando más en voz alta que queriendo decir algo.

—Efectivamente, ellos tampoco encontraron nada. De hecho, cuando tuvimos conocimiento, nos trasladamos allí, como hicimos en tu caso; hicimos un sinfín de preguntas y un sinfín de rastreos pero no hallamos nada.

—Evidentemente este hombre era de ETA ¿no? –preguntó Julio.

—¡Claro, hombre!, ¡vaya pregunta!

—Oye, o repasamos todo sin dejarnos nada, aunque parezca tonto y absurdo, o no lograremos nada. Tú me has dicho que estaba buscado por pertenencia a banda armada y con su nombre vasco me debería decir a mí mismo: blanco y en botella, ¡leche! Pues no, hay que estar seguro –respondió Julio con seriedad.

—Tienes razón, tienes razón. Sí, había sido uno de los integrantes del comando Barcelona y ahora creemos que desempeñaba funciones financieras en América del Sur.

—Y la autopsia ¿qué dijo?

—Muerte por envenenamiento de la sangre.

—¿Por envenenamiento? —preguntó Julio perplejo.

—Sí señor. Para llegar a esa conclusión tuvieron que pasar muchos días de análisis y contraanálisis por parte de los mejores especialistas norteamericanos —respondió su compañero mientras sacaba otro papel del legajo—. Aquí tengo el informe al respecto —dijo acercándole el papel—. En resumen, el veneno era casi indetectable, porque de forma que aún nadie se explica, tiene la propiedad de coagular la sangre en las propias arterias y venas y sólo gracias a que en la arteria femoral se encontraron unas partículas sin disolver, se llegó a esa conclusión.

—Sí, pero, según pone aquí: no están seguros al cien por cien de ello.

—Por eso digo que los analistas llegaron a esa conclusión, no que esa conclusión sea inapelable. Llegaron a esa conclusión porque las partículas encontradas no responden a ninguna sustancia conocida. Se han comparado, en un programa informático que tienen, específico para estos temas, con todas las sustancias conocidas como veneno, con independencia del grado de potencia de ese veneno, incluso con venenos naturales presentes en setas, plantas y cosas así.

Julio miraba a su compañero: alucinado, con los ojos muy abiertos, engullendo todo lo que le estaba diciendo. De golpe saltó como un muelle tirando con un fuerte estrépito la silla contra el suelo sin soltar el informe de la autopsia de la mano.

—¡Claro!, por eso no había ni rastro de sangre por ningún lado. Es... es como si se les hubieran petrificado y, al cortar la cabeza... pues eso, ¡sencillamente, no sale!

—Efectivamente, Julio, efectivamente.

—Joder, pues no le he dado yo vueltas al tema, ¡madre mía! —estaba realmente excitado— la de vueltas que le he dado y ¡la de sueño que me ha quitado!

Antón le miraba risueño, parecía un niño que acababa de hacer un gran descubrimiento en su vida y dejó que volviera a leer el informe con tranquilidad. Cuando Julio hubo terminado y se encontraron sus miradas volvió a hablar.

—De todas maneras, ese descubrimiento es perfecto para que vuelvas a dormir bien, pero no nos soluciona nada, sino que más bien lo empeora.

—Hombre, no nos ayuda pero no creo que empeore mucho.

—Pues tú me dirás cómo tomas que nuestra única pista de momento sea un hipotético veneno, ya que ni siquiera eso está demostrado, que no es conocido y casi indetectable —dijo Antón con tono de desesperación—, sin mencionar que no hay huellas

dactilares más que las de los muertos, no hay pisadas ni huellas de neumáticos ni pelos ni sangre ni nada.

—En realidad hay otro elemento más consistente: es el hecho de que los tres muertos sean etarras.

—Evidentemente, ese es el hilo que hasta el momento hemos utilizado para investigar. —le miró nuevamente a los ojos— ¿Tú que crees?

—Yo creo que hay algo en el seno de ETA que se está cargando a sus correligionarios, como una escisión o algo así ¿no?

—No. Yo no creo que sea tan sencillo como eso, ni creo que tuviera esa posible escisión medios para hacer lo que se está haciendo —respondió Antón—. Hemos estado investigando mucho en este sentido, incluso activando a dos topos que tenemos introducidos en la organización, pero nadie se mueve en esa línea. También hemos hablado con los colegas de la Policía Nacional sobre una posible escisión o movimiento extraño y creen que no se ha producido. Sinceramente, si una parte de ETA estuviera dispuesta o fuera proclive a dejar las armas, tenemos los mecanismos para saberlo, porque la única posibilidad en ese sentido sería que una parte quisiera dejar de matar y otra no, y esa otra que no, que supuestamente sería más violenta, tendría que ser la que estaría haciendo estas cosas.

—¿Y una lucha interna por el control del poder? —preguntó Julio.

—No, también descartado.

—¿Y el coche, la matrícula?

—Matrículas dobladas. El coche había sido robado tres meses antes en Pamplona, pero no encontramos ninguna huella en su interior. Según los técnicos de dactiloscopia habían sido borradas a conciencia, para ser más exactos: hablaron de «un trabajo de borrado brillante». En Terranova, en el piso o estudio, me da igual, exactamente lo mismo. La verdad es que no tenemos ninguna pista buena —respondió Antón cruzando los brazos por detrás de la cabeza e inclinando ligeramente la silla sobre sus patas traseras— en realidad, como ya te dijimos, no tenemos nada.

—De todas formas, aunque lenta no es mala táctica la de ir por descartes. Según Sherlock Holmes, una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, tiene que ser forzosamente la verdad.

Antón no sabía si reír o llorar ante la cita de Sherlock Holmes. ¡Con la gravedad del asunto que tenían entre manos y este hombre tirándose a la novela negra! Por un momento pensó si no se habían equivocado con Julio. Su mente, sin embargo, le lanzó enseguida la idea de que realmente la afirmación de Julio no estaba carente de lógica e incluso en este momento pudiera ser que fuera el único camino. El teléfono móvil irrumpió en sus divagaciones. Del bolsillo interior de su cazadora sacó un minúsculo teléfono de color negro.

—Sáez —dijo a través del auricular—, ¡ah!, hola, Arturo. ¿Qué tal? —durante unos segundos se mantuvo a la escucha—. Vale, de acuerdo, nos vemos allí —colgó y se dirigió a Julio—. Vamos, a lo mejor nos cuentan algo que nos ayude. Era un amigo de la Brigada de Información de la Nacional y quiere contarme algo referente a lo que yo le pregunté el otro día sobre si había movimientos internos en ETA —dijo mientras se levantaba y volvía a introducir los papeles que habían usado en sus respectivos legajos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Julio poniéndose su chaquetón gris.

—A una cafetería cerca de aquí. Hay cosas que sólo se pueden hablar en una cafetería —contestó mirando su reloj— además, creo que es hora de comer algo: ¡tengo hambre!

Salieron tras cerrar con llave la puerta y avanzaron por el pasillo buscando la salida del edificio. Se encontraron con mucha gente que deambulaba arriba y abajo con carpetas o papeles de la mano, la mayoría sin uniforme, sin embargo, fueron muy pocos los que saludaron a Antón o él a ellos y este hecho no pasó desapercibido a Julio. Al salir a la calle giraron a la derecha en dirección a Reina Victoria. Cerca ya del mediodía y sin embargo el frío era intenso a pesar de la presencia del sol. Antón caminaba a gran velocidad con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora de piel. Al llegar a Reina Victoria paró un taxi. Subieron a él y Antón dio como dirección El Corte Inglés de la Castellana. No cruzaron una palabra en el trayecto. La mente de Julio estaba en plena ebullición, intentando procesar toda la información a la que en esa mañana había tenido acceso.

El taxi llegó a su destino, bajaron y se dirigieron a una cafetería enfrente de El Corte Inglés en la calle Raimundo Fernández Villaverde. Entraron y se sentaron en una mesa próxima a la salida.

—¿Por qué tan lejos de la comandancia? —preguntó intrigado Julio.

—Pues porque cerca de la comandancia hay demasiada gente conocida y además hay agentes de paisano en misiones de contravigilancia intentando descubrir posibles seguimientos y observaciones, no sólo de nuestra gente sino del Ministerio de Hacienda que está enfrente. Es mejor pasar desapercibido cuando un amigo de otro negociado quiere pasarte información —respondió en voz baja Antón.

—Entonces hubiera sido mejor en el propio Corte Inglés ¿no?

—No.

—¿Por qué no? —insistió Julio ante la sequedad y cortedad de la respuesta.

Antón le miró detenidamente. Decididamente este hombre era terco, pensó, aunque recordó en el acto que Julio no era ningún profesional en estos menesteres y que para él era todo nuevo. Decidió colaborar en su aprendizaje.

—Porque en El Corte Inglés, como en todos los centros comerciales, hay cámaras de circuito cerrado y nunca puedes saber quién está detrás de los monitores o quién tiene acceso a los vídeos. Nunca construyas una cita para pasar información donde puedas ser grabado o monitorizado.

Julio se quedó pasmado; algo tan obvio como eso y a él ni se le había pasado por la cabeza. La verdad, le encantaba. Un hombre se acercó a ellos con paso decidido.

—Antón, ¡cuánto tiempo! —dijo el hombre.

—Claro, ¡ni me llamas ni me escribes! —respondió muy risueño.

—Bueno, invítame a un café.

Pidió el café al camarero y se sentó con ellos dejando su gabardina marrón sobre el respaldo de la silla libre, sin dejar de mirar de reojo a Julio. Su presencia no estaba prevista. Antón observó el hecho y decidió despejar dudas enseguida.

—Manu, te presento a Julio, un compañero.

—Encantado —dijo Manu ofreciendo su mano a Julio, pero sin dejar de mirar a Antón, como si esperara algo más.

—Igualmente —respondió Julio a la presentación sin perder detalle del juego de miradas que se estaba produciendo.

—Julio es de total confianza —dijo Antón, y con una mueca irónica concluyó— de total y absoluta confianza.

—Okey —contestó Manu. En ese instante se relajó y dejó caer su espalda contra el respaldo de la silla; esa era la contraseña, ahora podía estar tranquilo. Era un código que usaban ambos cuando había un tercero en discordia y tenían que pasarse información, aunque la presencia de otra persona en sus encuentros era muy ocasional. Si sólo se hubiera quedado en *total confianza*, Manu no hubiera pasado la información. La palabra *absoluta* marcaba la diferencia.

—Tú dirás, Manu —dijo Antón.

—El otro día me preguntaste sobre si había movimientos internos o escisiones en la banda —siempre se referían a ETA como la banda— y te dije que no.

—Así es.

—Pues no es así. Hay movimientos.

—¿De qué tipo? —preguntó Antón apoyando los codos sobre la mesa e inclinándose hacia Manu.

—Eso es lo extraño: no lo sabemos. Parece ser que, a nivel financiero, varios elementos han empezado a moverse de un lado para otro, pasando de Francia a España o viceversa sin pudor, e incluso hay viajes de los *sudamericanos* entre países.

—Pero los viajes de los *sudamericanos* son normales —apostilló Antón.

—Sí, pero no tantos y tan seguidos —dijo Manu. Apuró su café y sacó un paquete de Marlboro, ofreció un cigarrillo a Antón y otro a Julio.

—No gracias, no fumo —dijo éste. Manu lo miró extrañado.

—Tú llevas poco con Antón, ¿verdad? —preguntó. Julio contestó afirmativamente con la cabeza—. Fumarás —sentenció Manu.

—Bueno, el caso es que hay movimiento, y mucho, incluso en el entorno político de la banda. A todo esto, mis compinches están presionando arriba para que les cedan a ellos también el caso; vuestro caso, les atrae ¡como no os podéis imaginar!

—Pues no se lo deseo, actualmente vamos a ciegas —confesó Antón.

Manu apagó su cigarrillo en el cenicero y se levantó mientras miraba a su alrededor intentando descubrir alguna mirada indiscreta. Se puso su gabardina marrón y le dio la mano a Julio y después a Antón.

—De todas formas, aunque vayas a ciegas siempre te quedará Lata —dijo a forma de despedida y con una sonrisa irónica, divertido ante el azoramiento de Antón.

—Cómo, cómo... ¿cómo sabes tu eso? —preguntó.

—Bueno, ya sabes que me gusta hacer bien mi trabajo. Otro día te contaré. Hasta luego —contestó Manu, y salió por la puerta de la cafetería con la gabardina ondeando como si de una capa se tratara.

Tras unos segundos de silencio, Antón, con una expresión rígida en el rostro, ordenó marchar. Dejaron la cafetería al encuentro de un taxi. Al cabo de unos eternos minutos de continuo paso de taxis ocupados encontraron uno libre que respondió presto al levantamiento de brazo y se detuvo ante ellos. Julio se acomodó en la parte posterior pero Antón no subió.

—Julio, vete a la comandancia, toma las llaves de la sala y repásate de nuevo los papeles.

—¿Y tú?

—Yo tengo que ir a otra parte —respondió con dureza—. Es importante que te enfriques a fondo en los papeles, no es un mero pasatiempo —le tendió otras llaves—, estás son las de mi casa, por si no vuelvo a una hora prudente. Por cierto, toma mi tarjeta con el número de mi móvil por si surge alguna urgencia, pero debe ser mucha urgencia, ¿entendido?

—Sí, sí.

—Si necesitas algo en la comandancia: material de cualquier tipo o realizar una gestión administrativa o simplemente quieres café, llama a la extensión 4474 y te atenderá Pilar. Ella sabe quién eres. ¿Alguna pregunta?

—Sí. ¿por qué por teléfono le llamaste Arturo y en la conversación Manu?

Antón le miró sorprendido.

—Por si hubiera alguien escaneando llamadas de teléfonos móviles. Aprendes rápido, Julio. Adiós —dijo cerrando la puerta del coche.

Julio se desplazó de nuevo a la comandancia. En el control de entrada ya tenían todos sus datos, incluso una fotografía digitalizada para ser reconocido. Subió a la sala y se sentó: no entendía casi nada de lo que estaba pasando. Tuvo un recuerdo para Ana y pensó que debería llamarla sin demora; miró el teléfono que había en un rincón de la tabla y decidió llamar; su futura suegra le confirmó que había llegado y tuvo una breve conversación para comentarle, sin detalles, que estaba en Madrid en una misión especial y que permanecerían varios días sin saber casi nada de él. Se mostró preocupada.

Decidió centrarse en la investigación. Sacó todos los papeles de la misma y decidió emparejar la documentación de los dos casos: el atestado de cada uno de ellos por un lado, los informes forenses por otro y los informes periciales en otra pareja. Los paralelismos eran increíbles y tanto unos profesionales como otros habían llegado a las mismas conclusiones, salvo en el tema del veneno, que los españoles no habían logrado determinar; de hecho había unas anotaciones a mano en el sentido de no informarles sobre el veneno para que ellos llegaran a sus propias conclusiones. Llamaron a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y apareció en ella un guardia civil uniformado con un sobre en la mano.

—Disculpe —dijo— ha llegado este sobre para ustedes.

La palabra ustedes como relación a un grupo le sorprendió. Era la primera vez desde que había llegado que alguien aludía a él como integrante de un grupo. Le gustó la idea.

—Sí, sí, deme usted —dijo Julio.

—Tiene que firmar el recibo —contestó el Guardia.

—Sí, claro; cómo no.

—Gracias.

—De nada, gracias a usted.

El guardia se dio la vuelta para marcharse.

—Perdone —dijo de pronto Julio —¿quién lo ha traído?

—Viene de la sección de policía científica y lo ha traído un funcionario civil de ese departamento.

—Gracias.

Cuando hubo salido el guardia, Julio abrió presuroso el sobre. Sacó el contenido que consistía en dos hojas escritas y un grupo de fotografías. Eran las fotografías de los cadáveres y de los sitios donde fueron encontrados. Las examinó detenidamente, sobre todo las que correspondían al otro hallazgo, ya que el suyo lo guardaba en la retina como si lo tuviera delante. Salvo las circunstancias, ambas situaciones eran totalmente paralelas. Volvió a coger el teléfono y llamó a la extensión 4474.

—Dígame —respondió un voz femenina al otro lado.

—¿Pilar? —preguntó el tímidamente.

—Sí soy yo.

—Hola, soy Julio Ramírez de, de... —no acertó a decir de dónde.

—Sé quién es usted, ¿qué necesita?

—Una lupa, folios, bolígrafos de dos colores y paneles de corcho, por favor.

—Enseguida —y colgó el teléfono.

El siguió examinando las fotografías sin encontrar nada que le llamara la atención. Pasó a los papeles que las acompañaban, que daban más datos sobre la autopsia. El tipo de material utilizado para cortar las cabezas había sido metálico y con una capacidad de corte inusitada porque, según decía el informe, ninguna parte del cuello tenía signos de desgarramiento: había sido un corte tremendamente limpio. El informe apostaba por un corte seco, potente, con algo mecánico de gran precisión. Unos golpes en la puerta detuvieron su lectura.

—Adelante.

—Hola, buenas tardes —dijo una mujer tras abrir la puerta.

—¿Buenas tardes? —preguntó él anonadado.

Ella le miró detenidamente al tiempo que hacía un gesto como de resignación, parecido al que hace una madre cuando un hijo ha hecho algo que no debía.

—¡No me diga que no ha comido! —exclamó ella—, ¡pues sí que empieza usted bien aquí! No lo coja por costumbre como Antón y los demás, si no acabará usted tan mal del estómago y de la cabeza como ellos.

La mujer debía tener ya cerca de los cincuenta años, sin embargo conservaba todavía un gran atractivo. Morena, alta, por encima del uno setenta de estatura, y con ropa ceñida en tonos malva pero no demasiado apretada. No parecía pertenecer a aquel lugar.

—No, la verdad es que no he comido. En realidad ni me he dado cuenta de la hora —se disculpó Julio.

—Bueno. Por esta vez le voy a perdonar y encargaré que le traigan algún bocadillo reciente. ¿De qué le gusta?

—Pues, no sé, de jamón mismo.

—De acuerdo, ¿y de beber?

—Agua.

—Vale, ahí tiene lo que me ha pedido —dijo ella dejándolo encima de la mesa ovalada—. Como ya sabe, me llamo Pilar y no dude en pedirme lo que necesite.

—Muchas gracias.

—No hay de qué —contestó Pilar al tiempo que se disponía a salir. Se dio la vuelta hacia él—. Por cierto, el jefe prefiere que nos tuteemos.

—Pues entonces gracias, Pilar.

Ella salió y cerró la puerta. Ciertamente le había caído bien Pilar, era como un soplo de aire fresco en medio de tanta solemnidad que tenía ese edificio.

Cogió la lupa e inició un examen más pormenorizado de las fotografías. Estas estaban realizadas a gran formato, tamaño folio, por lo que el recorrido con la lupa era lento ya que no quería perder ningún detalle. Cuando finalizó el examen de la segunda fotografía ya le habían entregado el bocadillo y la botella de agua: «¡qué efectividad la de Pilar!», pensó. Engulló el bocadillo a gran velocidad y volvió a enfrascarse en las fotografías. Cada vez que un detalle parecía llamarle la atención lo rodeaba con un lápiz y se iba a los informes para ver si decían algo al respecto y por último lo comparaba con el mismo cuadrante de fotografía que la homóloga del otro caso. Solicitó de Pilar fotocopias a color de las fotografías y las colgó con chinchetas en la pared rodeándolas de flechas realizadas con bolígrafo que conducían a varios papeles con anotaciones. Las horas pasaban y él cada vez veía menos, los ojos le escocían y su mente se negaba a pensar con claridad. Antón no había dado señales de vida y nadie había interrumpido en la sala. Decidió irse a casa. Llamó a Pilar por teléfono y ella no contestó.

Cuando salió al pasillo no había nadie por ningún sitio y abajo tampoco, salvo en el control de salida. Miró la hora en su reloj, las once de la noche. Pidió un taxi desde el control y cuando llegó a casa de Antón se fue directamente a la cama sin cenar. Necesitaba cerrar los ojos y descansar. Las fotografías le bailaban en la mente y las recorría centímetro a centímetro como si las tuviera delante. Poco a poco se fueron difuminando hasta que se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO III

Como en sueños, Julio sentía que se movía, que se zarandeaba y notaba cómo su cuerpo volvía de un viaje a mucha velocidad, como si fuera en un avión y el avión pasara de zona de cielo de una gran placidez a una zona cada vez más borrascosa y con turbulencias. Oía algo parecido a una voz que desde la lejanía le llamaba por su nombre y que esa voz cada vez era más audible, hasta que se dio cuenta de que en realidad la voz estaba a su lado.

—Julio, Julio, ¡despierta, coño!

Julio abrió lo ojos y vio a Antón que no dejaba de zarandearle.

—¿Qué pasa? —preguntó Julio con voz de ultratumba.

—Levántate y vístete que nos vamos —dijo Antón.

—¿Que nos vamos?, ¿adónde?

—Vístete y te lo contaré por el camino.

Julio se levantó y se fue directo al cuarto de baño. Se dio una ducha rápida porque estaba seguro de que si no lo hacía no podría despejarse. Miró su reloj y vio con asombro que sólo eran las cuatro de la madrugada. Se vistió y se puso su chaquetón. Antón ya esperaba con café recién hecho.

—Toma —dijo Antón alargándole una taza de café— lo vas a necesitar. Está muy cargado además —su aspecto no era bueno a pesar de haberse dado también una ducha; sus ojeras delataban que no había dormido.

—No has dormido, ¿verdad? —le preguntó Julio.

—No. Aunque creo que tú tampoco debes haber dormido mucho.

—La verdad es que no, pero más que tú sí.

—Venga, vámonos.

Salieron a la calle, en doble fila estaba esperando un coche con alguien al volante. Antón se sentó delante y Julio en la parte posterior.

—Este es Juan —dijo Antón refiriéndose al conductor y, luego, medio girándose hacia Julio, concluyó— lleva muchos años con nosotros y además de trabajar exclusivamente para nuestro grupo es un conductor excelente. En resumen, que podemos hablar.

Julio miraba alternativamente al conductor y a Antón. El poco tiempo que llevaba trabajando para la brigada le había enseñado que a veces nada era lo que parecía y no sabía si tomarse al pie de la letra lo dicho por Antón y por lo tanto hablar con libertad

o si era una mera cuestión de cortesía hacia el conductor y en realidad no podía decir nada en su presencia. Antón asistía divertido al azoramiento de Julio y no pudo dejar de reconocer que aprendía aprisa. Ya en ruta decidió sacar a Julio de su situación.

—Es de confianza, de absoluta confianza —le dijo finalmente.

A Julio le vino a la mente la situación vivida en la cita con Manu y recordó que las palabras utilizadas por Antón para hacer su propia presentación fueron exactamente las mismas. Se dio cuenta de que en realidad había sido puesto a prueba, aunque no le importó; formaba parte del juego.

—Bueno —suspiró Julio—, supongo que alguna vez decidirás decirme qué coño está pasando.

—Ha aparecido un cadáver en Navarra —contestó Antón.

—¿Otro?, ¿sin cabeza también?

—Sí, sin cabeza.

—¿Etarra?

—Aún no lo sabemos.

—¿Dónde exactamente?

—En una iglesia, en un pueblo que se llama Muruzábal, al norte de Navarra.

Durante unos minutos se hizo el silencio en el interior del coche. Los dos compañeros en realidad iban pensando en lo mismo y es que si seguían apareciendo cuerpos y ellos continuaban sin tener nada de nada, sus problemas se elevarían a la máxima potencia. Antón sacó un cigarro y sobre su reloj comenzó a golpearlo con el filtro hacia abajo.

—¿Has avanzado algo esta tarde? —preguntó sin dejar de martillear suavemente el cigarrillo.

—En realidad me he dedicado a ordenar toda la documentación. He separado y colocado juntos todos los paralelismos de los dos casos como si en realidad fuera uno sólo, porque lo que creo es que es un solo caso, aunque cambien los escenarios.

—Sí, ya he visto que has llenado las paredes de pizarras de corcho y has colgado las fotos y los informes.

Julio giró su cabeza hacia él con cara de sorpresa.

—¿Has estado allí? —le preguntó.

—Sí.

—Pues has debido pasar muy tarde, ¿porque yo me he ido a las tantas!

—Sí, ya me han dicho a qué hora te has largado.

—¿Qué pasa Antón? —dijo Julio incorporando levemente su tronco hacia adelante y subiendo un poco el tono—, ¿me estás controlando?

—No, Julio, no te estoy controlando, aunque debiera hacerlo. Es un informe que se da a todos los jefes de departamento a diario sobre las horas de entrada y salida de sus subordinados: normas de control interno —el tono firme y seguro con el que se había conducido Antón no daba lugar a réplica. Julio decidió no entrar en esos vericuetos.

—Bien, Julio. Me decías que has clasificado la documentación... ¿y? —preguntó Antón volviendo al tema principal.

—Que los paralelismos son absolutos y eso me lleva a pensar que, o lo ha hecho la misma o las mismas personas o la técnica es tan exacta que en cualquiera de los casos se trataría de un grupo que usa exactamente el mismo procedimiento, seguramente ensayado previamente.

—Te das cuenta, Julio, de que las víctimas pertenecen a un mismo grupo, con lo cual esa persona o grupo de los que tú hablas tendrían por lo tanto un móvil para actuar siempre contra el mismo grupo —sonrió levemente— ¡parece un galimatías!

—Efectivamente, eso es lo que pienso. El móvil, evidentemente, lo ignoro porque está claro que en este caso, si tuviéramos el móvil, tendríamos a quién perseguir.

—Las fotos que hemos recibido hoy, ¿te han ayudado?

—No. Pasa lo mismo que con los informes: que salvo el escenario de los hechos, son tan iguales que parecen el mismo caso. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Que aunque no he visto nada que me llame la atención en las fotos, dándole vueltas al tema esta noche en la cama, creo que la clave está en algo... algo que sí que está pero no vemos —suspiró—. No sé, es más bien una corazonada. Quizás las fotos de este nuevo hallazgo nos ayuden.

—Sí, es posible.

Julio retrepó sobre su asiento y se sentó como de medio lado mirando directamente a Antón.

—Oye, Antón —dijo—, hay algo que está empezando a sacarme de mis casillas. No entiendo por qué extraña razón no haces más que preguntarme y tú ni lanzas una sola información ni una sola conjetura sobre lo que opinas.

Antón le observó y le lanzó una mueca irónica con un ligero resoplido nasal.

—Quizás tengas razón, Julio. Como podrás comprender, desde que me dieron este caso no he dejado de darle vueltas al tema una y otra vez: dormido, despierto, comiendo... da igual, en todas las ocasiones. Claro que tengo algunas teorías y conjeturas, aunque si he de ser sincero muy pocas, y la mayoría concuerdan con las que tú me das. Lo que pasa es que he intentado desde el principio que esas teorías no hagan que prejuzgues ni condiciones las tuyas propias. A lo mejor es una táctica equivocada, no lo sé.

—Hombre, la verdad es que no lo había pensado desde ese punto de vista —meditó en voz alta Julio y se tomó un cierto tiempo para pensar sobre el particular—. Es difícil saber si era o es mejor tu táctica o la contraria. De todas maneras, yo ya he puesto las mías encima de la mesa y, llegados a este punto, creo que sería interesante oír las tuyas —miró a través de la ventanilla—. Además, debo confesar que mi especialidad es el anti-terrorismo puro y duro, no las investigaciones de asesinato. Porque, en realidad, aún no hemos establecido si hay una relación causa-efecto entre el hecho de que se trate de un grupo terrorista y los asesinatos en sí.

Antón dejó de golpear el cigarrillo contra el reloj. Miró de nuevo por la ventanilla del vehículo como buscando una inspiración. Encendió el cigarro y bajó un poco la ventanilla dejando no más de un dedo de separación entre el cristal y el marco superior de la puerta.

—En realidad, todas mis teorías son las tuyas. Con ciertos matices pero coincidimos en casi todo. Sin embargo, hay una cuestión que me ronda la cabeza constantemente y que no consigo quitarme de encima. Hay algo que no concuerda. Por un lado, las muertes se han producido de una forma precisa, técnica: se ha seleccionado perfectamente a la víctima, se ha llevado a cabo con unos conocimientos muy profundos en cuanto a una sustancia química y sus consecuencias sobre la anatomía de un cuerpo humano, se han rodeado de un cuidado extremo para no dejar huellas ni pistas; y por otro lado es de una brutalidad tremenda, no ya por el corte de la cabeza, que es una pasada, sino por el hecho de que no aparezcan y haya que enterrar los cuerpos decapitados.

Julio había permanecido casi sin respirar durante la disertación de Antón. No había reparado en ese detalle y, desde luego, sí que parecía importante. Agradeció con una leve inclinación de cabeza la sinceridad de la exposición.

—Sí, tienes razón —concluyó Julio—. No sé si te acuerdas, pero en la primera ocasión que nos vimos os dije que una de las ideas que me rondaba por la cabeza era la de una especie de mafia, por lo de cortar las cabezas, y rechacé la idea cuando me dijisteis que eran etarras, aunque, sinceramente, no sé por qué la rechacé y en qué o por qué modifica algo el hecho de que fueran etarras.

—Yo también lo he pensado, pero tampoco me cuadra.

—¿Por qué?

—Pues, porque ETA tiene unas motivaciones de índole político, no es una secta o un grupo de mercenarios que se vendan por dinero y puedan ser usados para intercambios de droga o cualquier tipo de tráfico ilegal. Si un grupo va tras ellos sería por su carácter político, por su independentismo, algo así como los unionistas contra el IRA, es decir, se los cargarían y fuera, no montarían el numerito de las cabezas. No hay ningún caso en la historia reciente del terrorismo internacional que sea ni remotamente semejante al tema de las cabezas.

—Estoy de acuerdo —aseveró Julio.

Antón terminó su cigarrillo y emitió un bostezo descomunal, Apoyó su cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—De todas maneras —dijo sin abrir los ojos— sólo son conjeturas y suposiciones. Espero que el cadáver que vamos a ver nos arroje algo más de luz —volvió a bostezar—. En vista de lo que hemos descansado esta noche deberíamos aprovechar este viaje e intentar dormir. Algo me dice que vamos a disfrutar de pocos momentos de sueño a partir de ahora.

Julio se acomodó lo mejor que pudo y también cerró los ojos. Nunca dormía en los viajes, había sido así siempre, pero iba a intentarlo aunque la mente estaba ocupada analizando todo lo que Antón le había dicho. Al cabo de un rato, el movimiento acompasado del coche y el zumbido del aire a su alrededor terminó por amodorrarle y se durmió.

El claxon de un vehículo les despertó y sobresaltó. Se miraron primero entre ellos y luego a su alrededor. Su coche estaba parado en medio del campo y el conductor no estaba. Antón abrió la puerta para salir y pudo ver al chofer que venía caminando hacia el vehículo.

—¿Qué pasa, Juan? —le preguntó.

—Nada. He parado a preguntar por la iglesia —respondió mientras se introducía de nuevo en el coche—: es por esta misma carretera a unos dos kilómetros.

Julio miró su reloj y vio que eran las diez de la mañana. Hacía frío, mucho frío. Miró por la ventanilla a medida que se desplazaban lentamente y reconoció el tipo de vegetación como muy parecida a la que él admiraba en sus rondas de servicio diarias en San Millán. Era una zona que cada vez le gustaba más, siempre era verde pero era un verde ordenado, como él decía, no era el verde salvaje que lo inundaba todo, como en Galicia, había espacio para respirar.

Llegaron a una iglesia que se encontraba rodeada de coches de guardia civil, de ambulancias y otros particulares, algunos de ellos camuflados, seguro. Tras ellos llegaba otro vehículo, una furgoneta, de una conocida cadena de radio que casi venía pidiendo paso. Antón la miraba de soslayo con un gesto de disgusto. Había durado tiempo el tema sin que interviniera la prensa; a partir de ahora la presión se multiplicaría por la acción de los medios de información y sus jefes pedirían resultados a la mayor brevedad. El conductor detuvo el coche cuando la cantidad de vehículos aparcados no le dejó continuar. Bajaron y se dirigieron hacia la entrada. Una barrera en forma de cinta plástica les impedía el paso. Un guardia les interpelló cuando levantaban la cinta. Antón sacó su documentación y la mostró; el guardia se cuadró y saludó dándoles inmediatamente entrada al recinto mientras les indicaba que el cuerpo estaba en la parte trasera del edificio. A medida que bordeaban la iglesia iban divisando una construcción separada del propio edificio que recordaba al acueducto de Segovia pero en miniatura. Entre él y la galería de arcos estaba congregado un grupo de personas formando un semicírculo.

El templo era curioso en su arquitectura. Era del siglo XII según un letrado que había en su acceso. Tenía una planta octogonal que ninguno de los dos había visto nunca, ya que normalmente este tipo de construcciones suele tener una planta en forma de cruz. Antón, que era un enamorado de la historia del arte, se dijo a sí mismo que incluso había visto alguno con forma de círculo pero nunca octogonal. Llamaba también la atención poderosamente la galería de arcos de medio punto que rodeaba al templo en su parte trasera, como circunscribiendo al ábside.

—Buenos días —les dijo un teniente de la Guardia Civil—, ¿son ustedes de la Brigada Central? —Julio no conseguía acostumbrarse a su nueva unidad, Antón sacó de nuevo su documentación y asintió con la cabeza.

—Teniente, me gustaría que se despejara todo esto y que se quedara sólo usted por ahora —dijo Antón en tono grave.

—Por supuesto —respondió el teniente volviéndose hacia el grupo y disolviéndolo.

—Los quiero detrás de la cinta plástica y que esa cinta la mueva usted unos quinientos metros más hacia fuera. No quiero que nadie, repito, nadie traspase esa línea, sea quien sea, sin mi expresa autorización. ¿Está claro?

El oficial fue a dar las órdenes pertinentes dejándolos solos ante el cuerpo. El cuerpo estaba sentado con la espalda apoyada en uno de los arcos de la galería que parecía rodear el templo. Los brazos llamaban la atención porque se hallaban sobre las piernas con las manos cogidas entre sí con los dedos entrelazados; era como si hubiera muerto en una calma absoluta, sin temor ni nerviosismo. Si no hubiera sido porque le faltaba la cabeza casi podría haber pasado inadvertido. A su alrededor no había nada en absoluto, así como tampoco rastros o regueros de sangre. El teniente había vuelto con ellos.

—¿Quién lo encontró? —le preguntó Julio.

—Fueron unos peregrinos, Eunate forma parte del Camino de Santiago.

—¿Están ellos aquí?

—Están en la furgoneta de atestados terminando su declaración.

—Pues, que bajo ningún concepto se vayan —ordenó Julio sin poder dejar de mirar el cuerpo— y quiero una copia del atestado en cuanto esté terminado.

Julio se sorprendió de sí mismo por el tono y la firmeza de sus palabras, porque tan sólo unos días antes no se le hubiera ocurrido dirigirse así a un oficial. Miró de reojo a Antón y se dio cuenta que éste le estaba mirando con cierto aire socarrón.

—¿A qué hora lo encontraron? —preguntó volviendo su cabeza hacia el teniente.

—Según los peregrinos, a eso de las once de la noche.

—¿Qué hacían unos peregrinos a las once de la noche por aquí? —inquirió Antón sorprendido.

—Según ellos, llegaban en ese momento a Eunate.

—¿Han encontrado algún tipo de documentación, de efectos personales, lo que sea?

—No, nada de nada. Por eso aún no se ha podido identificar el cuerpo. Estuvieron aquí los de la científica para tomar las huellas lo antes posible, pero aún no han comunicado nada.

—Querríamos hablar con los peregrinos –dijo secamente Antón.

Los peregrinos resultaron ser dos jóvenes franceses de Avignon que estaban haciendo el camino desde la propia Avignon. Según ellos, habían llegado al templo tan tarde porque esa jornada era la de más distancia dentro de la planificación que habían hecho del viaje y habían calculado rematadamente mal el tiempo que les llevaría. Antón les cosió a preguntas e hizo varias llamadas para ratificar sus identidades, pero, sobre todo, para descartar que se tratara de colaboradores de ETA, ya que el hecho de que fueran franceses le preocupaba bastante. Después de algunas horas no tuvo más remedio que concluir que todo parecía en orden.

Tras la comida, que había sido abundante y buena, servida en un improvisado local en el pueblo, retornaron al lugar y comenzaron a recorrer palmo a palmo toda la extensión del interior del edificio. Habían organizado grupos para inspeccionar los alrededores casi por centímetro cuadrado. Cuando ellos estaban observando el interior del ábside, el teniente les llamó desde la puerta, ya que habían dado orden expresa de que querían inspeccionar ellos solos el interior.

—Ha llegado la identificación –dijo tras saludar militarmente.

—Déjeme ver –ordenó Antón cogiendo el papel que el oficial tenía en la mano.

El papel térmico, típico de un fax, simplemente contenía los datos de afiliación del fallecido. Aparte de contar con un apellido vasco, nada llamaba la atención de Antón en la base de datos de nombres de etarras que su cabeza contenía y que podía recitar cual lista de los reyes godos y visigodos. De golpe miró a Julio y le pasó el papel señalándole una palabra al final de los datos de filiación.

—¿Cura? –le preguntó Julio.

—Cura, es un sacerdote.

—¿De qué orden? o como se diga eso.

—No lo pone, pero vamos a averiguarlo enseguida.

Cogió el teléfono móvil e hizo varias llamadas, siempre repitiendo el mismo nombre: Antonio Gómez Lopetegui, y siempre indicando lo que necesitaba saber. Julio le observaba y se dio cuenta de que los receptores de las llamadas debían ser de muy diversa índole, porque a cada uno de ellos le solicitaba una información diferente.

Siguieron rastreando la zona hasta ya entrada la noche. Cuando ya se hacía difícil ver algo, Antón interrumpió la búsqueda y ordenó al teniente que al día siguiente hicieran lo mismo, con la misma organización por equipos y rastreando los mismos sitios pero cambiando a los equipos de zona para que fueran otros los que supervisaran el trabajo

del día anterior. Con un mapa del Servicio Geográfico del Ejército, dividieron en cuadrículas muy pequeñas, de no más de cien metros cuadrados, la zona.

—¿Es que ustedes no vendrán mañana? —preguntó el teniente.

—No podemos estar seguros, por eso es importante que ustedes se organicen bien. Es vital que respeten las cuadrículas y que recojan todo lo que les llame la atención, lo que sea —respondió Antón mientras agarraba a Julio de un brazo y hacían un aparte solos.

—Julio, aquí ya no vamos a sacar nada en claro, nos vamos a Pamplona para seguir de cerca la autopsia y mañana a primera hora veremos lo que hacemos.

—De acuerdo.

Subieron al coche en el que Juan, el conductor, les había aguardado pacientemente todo el día y emprendieron la marcha hacia Pamplona. Cuando llegaron se dirigieron directamente al Instituto Anatómico Forense y, cuando llegaron, la autopsia ya estaba en marcha. Los forenses, en número de cuatro, tenían los resortes de su curiosidad a flor de piel: un caso que presentaba el fenómeno extraño de la coagulación absoluta de la sangre era para ellos de un gran interés. Julio prefirió no entrar en la sala de la autopsia y quedarse en un pequeño despacho a repasar a fondo el atestado y las diversas fotografías tomadas antes de su llegada. Sonó el teléfono móvil que Antón se había dejado en su chaquetón en la salita donde estaba Julio. No sabía qué hacer, atender la llamada o no; al final se decantó por hacerlo. En la pantalla aparecía el nombre de Pilar y, sin saber por qué, pensó que era la mujer de la comandancia que, al parecer, les asistía en menesteres varios.

—Dígame —dijo Julio.

—¿Antón? —preguntaron al otro lado del teléfono.

—No, soy Julio.

—¡Ah, Julio!, soy Pilar... de la brigada.

—Hola, Pilar. ¿Te puedo ayudar?, Antón está ocupado.

—Sí, en realidad es una información que necesita sobre el sacerdote. Era profesor en la Universidad de Deusto, en Bilbao, concretamente daba clases de historia.

—Interesante —dijo Julio—. ¿Estaba especializado en algo especial? —preguntó sin tener claro por qué lo preguntaba.

—Espera un momento, creo que está anotado —respondió Pilar en medio de un ruido de papeles moviéndose a gran velocidad—, sí, aquí está: estaba especializado en la Inquisición.

—En la Inquisición, de acuerdo. Gracias Pilar.

—De nada, Julio. Si necesitáis cualquier cosa llamarme.

—Sí, igualmente.

La llamada se cortó. La palabra *inquisición* se le había metido muy dentro por las reminiscencias que tenía, sobre todo aplicándola al caso en cuestión, con cabezas cortadas de por medio. No tenía conocimientos sobre la Inquisición como para saber si tenía que ver o no en todo ello pero, cuando menos, no sonaba nada bien.

Tras varios minutos, la puerta contigua a la salita se abrió y apareció Antón por ella. Se fue directo a Julio.

—Me parece que de aquí no sacamos nada en claro, Julio. Los forenses, de momento, no nos van a dar ninguna noticia que ayude a avanzar. Por lo que he visto en la autopsia creo que van a llegar a las mismas conclusiones que ya teníamos, salvo que encuentren alguna peculiaridad que yo, la verdad, no he visto. Chico, ¡es desesperante!

—Bueno, quizás tengamos algún dato que nos ayude. Ha llamado Pilar y me ha dicho que el cura daba clases de historia en la Universidad de Deusto, en Bilbao.

—¡Oye, algo es algo!, al menos en Bilbao habrá quien lo conociera y eso puede conducirnos a algún sitio —respondió en tono alegre Antón.

—Pues hay algo más que no tengo claro si es bueno o no como dato.

—¡Suéltalo!

—Su especialidad era la Inquisición.

Antón se quedó mirando fijamente a Julio.

—¿Tú crees que eso tiene algo que ver con las cabezas cortadas?

—No lo sé Antón, pero no huele a rosas.

—No, realmente no. Es tardísimo —dijo Antón al tiempo que miraba su reloj de pulsera—, vamos a dormir y mañana a primera hora salimos para Bilbao.

Se trasladaron al hotel Iruña Park, de Pamplona, donde ya estaban hechas las reservas a su nombre. Se olvidaron de cenar y subieron directamente a sus respectivas habitaciones. Julio estaba ligeramente impresionado porque no estaba acostumbrado a los hoteles de cuatro estrellas, aunque el cansancio y el sueño mermaban su capacidad de asombro. Se despidieron casi con gestos, dándose cita para las ocho de la mañana. Julio llamó a su novia. La conversación fue muy corta a pesar de que Ana tenía ganas de hablar. Antes de colgar el auricular ya estaba dormido.

CAPÍTULO IV

El teléfono de la mesilla de noche sonaba de un modo desquiciante. Antón abrió los ojos y miró al techo de la habitación del hotel como si aquello no fuera con él. Al séptimo u octavo tono se decidió a coger el teléfono. Una voz impersonal le deseaba los buenos días y le anunciaba que eran las siete y media. Sabía por propia experiencia que si no se levantaba de inmediato se quedaría dormido de nuevo. Lanzó un suspiro y se puso de pie. Casi en un santiamén, fruto de la experiencia de ir contrarreloj, se afeitó y se duchó. Bajó al salón en el que servían los desayunos y se dispuso a dar buena cuenta del bufet, ya que el estómago pedía guerra. Estaba enfrascado en la lectura de un periódico mientras engullía huevos con jamón cuando apareció Julio. Sus buenos días no fueron en realidad más que un leve gruñido. Mientras Julio recopilaba productos del bufet se sorprendió viendo en un rincón frente a la puerta a Juan, el conductor. Juan le miraba también pero no dio muestras de saludarle y eso descolocó a Julio. Este se sentó en la mesa con Antón intentando evitar el desviar su mirada hacia el conductor. Llegó a la conclusión de que en realidad el conductor era también guardaespaldas. De pronto cayó en la cuenta de que Antón, como especialista que era en la lucha antiterrorista, debía ser un personaje muy buscado, porque aunque en realidad actuaba de incógnito, sin duda, con el tiempo que llevaba en el gremio, estaría detectado y señalado.

Terminaron su desayuno y cuando se levantaron Julio pudo ver que el conductor ya no estaba en su mesa, ni siquiera le había visto marcharse y eso que ellos estaban muy próximos a la puerta. Cuando salieron del edificio Juan ya les esperaba en el coche. El día se presentaba muy plomizo y una lluvia fina e intermitente caía con parsimonia sobre ellos. El coche se dirigió rápidamente hacia la salida de la ciudad, poniendo de relieve que el conductor conocía muy bien el terreno que pisaba. Hasta el momento de abandonar la ciudad por la autopista de peaje casi no se habían dirigido la palabra. Julio carraspeó.

—¿A quién vamos a ver en Bilbao? —preguntó.

—Vamos a hablar con el rector de la Universidad de Deusto. A ver qué nos cuenta sobre el cura de Eunáte —contestó Antón.

—¿Era el cura de la iglesia?

—No, no pertenecía a ella. Lo he llamado así por clasificarlo en función del lugar de hallazgo del cuerpo.

—Estará el rector ¿no?, ¡a ver si hacemos el viaje en balde!

—Sí, sí que está y nos atenderá. Ha recibido una llamada y nos espera. Por cierto —dijo Antón señalando con el dedo una noticia de la portada del periódico «El Mundo»— ya salimos en prensa.

—¿Qué dice?

—La verdad es que no mucho. Habla de la localización del cuerpo pero como nadie les ha soltado prenda no se atreven a hacer conjeturas, gracias a Dios. Lo que sí les llama la atención es el interés que demuestra la Brigada Central de Información, por lo que creen que hay algo importante detrás. Menos mal que no saben nada, pero sin duda ya estarán moviéndose y no tardarán en enterarse de todo. Hay que avanzar Julio.

En poco tiempo llegaron a Bilbao. Sin duda, Juan era un buen conductor y Julio volvió a sorprenderse del conocimiento que tenía de la zona. Llegó a la Universidad de Deusto sin un solo titubeo. La mole impresionante de la universidad se levantaba frente a ellos. Situada en la margen derecha del río Nervión, en la falda de Artxanda, se encontraba envuelta en una neblina gris que le daba un cierto aire a colegio inglés.

El rector les estaba esperando. Enseguida les acompañaron hasta una pequeña sala, que era como una especie de maqueta de un gran biblioteca. El olor de los libros, sin duda muchos de ellos muy antiguos, llenaba la estancia. Se sentaron en unos amplios sillones orejeros de color verde oscuro. En menos de un minuto se presentó el rector. Era un hombre de unos sesenta años, muy alto y espigado, las canas se peleaban con un pelo que en otros tiempos debió de ser muy oscuro. Llevaba un traje gris oscuro de perfecto corte. Saludó cortésmente, se presentó como Gonzalo Goytisolo y se sentó en otro sillón frente a ellos cruzando las piernas y entrelazando sus manos sobre las rodillas. No tenía gafas y su mirada era profunda y severa. Su aspecto no era el de un típico rector inglés de película, que en realidad era lo que se podía esperar como tópico, por la institución y por el halo que parecía rodear al edificio.

—Ustedes dirán, señores —dijo con un voz grave—. Supongo que se tratará del profesor Gómez Lopetegui.

Antón lo miró con el cejo fruncido. Teóricamente, este hombre no debería saber nada. De pronto recordó la noticia en la prensa.

—Sí, señor Goytisolo. Se trata del profesor Gómez Lopetegui. Nos gustaría hacerle unas preguntas al respecto.

—Cómo imaginaba que querrían conocer datos sobre el tiempo que llevaba aquí como profesor, datos personales, académicos, etc., me he permitido el hacer un fotocopia de su expediente personal para ustedes. Sin duda, ahí encontrarán respuestas a sus preguntas de una forma más completa de lo que yo podría aportarles con mis respuestas —dijo con cierto aire de suficiencia.

Señaló con una mano una carpeta de color marrón oscuro que estaba sobre una pequeña mesa que se encontraba a la izquierda de Antón, al lado de su sillón. Antón cogió la carpeta y la examinó durante unos segundos. Desde luego había bastante información.

—Se lo agradezco, señor Goytisolo. Nos será muy útil —dijo Antón mientras seguía mirando los papeles. El rector hizo ademán de incorporarse.

—Me alegro de que sea el tipo de información que precisan. Nuestro deber es colaborar con la justicia.

Aún no había terminado de ponerse en pie cuando la voz de Antón casi le paralizó encorvado.

—Sin embargo, señor Goytisoló, hay otro tipo de información que necesitamos y que con toda seguridad no estará aquí —dijo.

—No se me ocurre cuál, pero en fin, repito, nuestro deber es colaborar con ustedes —dijo el rector tras chasquear su lengua, en una evidente prueba de disgusto—. Pregunten —esta última palabra parecía más un reto que una invitación a la conversación.

—Gracias, señor Goytisoló. ¿Desde cuándo conocía usted al profesor Gómez Lopetegui? —preguntó Antón.

—Desde hace casi quince años, cuando el entró en esta universidad para impartir clases de historia medieval.

—¿A qué se dedicaba antes de incorporarse aquí el profesor Gómez Lopetegui?

—Estaba en la Universidad de México D.F., impartiendo clases de historia del cristianismo.

Julio y Antón se miraron. Ambos tenían en mente que el cadáver aparecido en primer lugar en la isla de Terranova era el de un etarra que actualmente se movía por Sudamérica en labores financieras para ETA.

—En la Universidad de México, ¿estuvo muchos años? —preguntó Julio.

—Según su expediente, unos diez años, si no recuerdo mal —respondió el rector cambiando la posición de sus piernas—, pero todo esto está en los papeles que le he dado —dijo con cierta sorna, como si reprendiera a un estudiante ante algo obvio.

Como si no le hubiera oído ni notado el tono con el que había hablado, Antón volvió a hacer otra pregunta.

—¿Usted sabe por qué el profesor se había especializado en la Inquisición?

—La verdad es que no, pero sí le digo que en ese terreno era una eminencia, si se me permite la expresión. Había escrito varios libros y tratados al respecto. Supongo que la Inquisición tiene cierto aire de misterio que atrae. Yo mismo me he sentido atraído y he devorado sus libros y apuntes.

—¿Era un investigador de los de pico y pala?

—Era un ratón de biblioteca, no un buscador de tesoros. Creo que no hay iglesia ni parroquia de España que no haya sido víctima de su visita a los archivos.

—¿Qué buscaba en esos archivos?

—Hasta lo que yo sé, buscaba básicamente actas sobre los juicios y persecuciones de la Inquisición, cualquier anotación o dato que pudiera ser de interés para él.

—¿Le tenía a usted al tanto de sus hallazgos?, ¿financiaba la Universidad los gastos de la investigación?

—A veces sí se financiaban, cuando se trabajaba en alguna tesis o ponencia a nombre de la Universidad, pero el resto corrían de su cuenta.

—Pues si viajaba tanto, como usted dice, los gastos serían cuantiosos ¿no? —inquirió Julio.

Durante unos segundos el rector le miró con detenimiento, casi con curiosidad.

—La verdad es que nunca había pensado en ello.

—Ya —apostilló el propio Julio—. ¿Trabajaba solo o contaba con algún tipo de ayuda?

—Que yo sepa sólo.

—Pero no nos ha contestado a una pregunta. ¿Sabe usted por qué su especialización era la Inquisición? —preguntó Julio cambiando su postura en el incomodo sillón.

—Alguna vez hable con el sobre el tema. No hay que olvidar que el profesor antes que profesor es... perdón, era sacerdote y además historiador y por lo tanto una persona muy interesada en todo lo que es el devenir de la Iglesia a lo largo del tiempo, y la Inquisición ocupó muchos siglos en la historia de la Iglesia e influyó en la humanidad de forma decisiva. Básicamente el profesor quería averiguar los verdaderos fundamentos de la Inquisición como institución eclesiástica, no lo que sabíamos en cuanto al hecho de defenderse de las herejías y mantener la fe católica pura, ni en lo que derivó al paso del tiempo, él creía que había existido otro trasfondo para su creación.

—Realmente interesante. ¿Qué trasfondo era ese? —continuo Julio.

—A grandes rasgos: el profesor tenía elementos de juicio, según él, para afirmar que la Inquisición fue creada por la Iglesia para encontrar algo que una vez encontrado había que proteger a toda costa, eso sí, no me pregunten qué era ese algo porque no lo sé, nunca me lo dijo.

—¿Tenía usted conocimiento de alguna investigación en la que estuviera el profesor inmerso últimamente? —inquirió Antón mientras se incorporaba un poco realzando con el gesto el interés expresado verbalmente.

—Él siempre estaba investigando, ya le he dicho que viajaba mucho por esta razón.

—Sí, ya me lo ha dicho. Creo que he formulado mal la pregunta; lo que quiero saber es si alguna de esas investigaciones, en los últimos tiempos, le había llamado a usted la atención por su peculiaridad o por alguna otra razón.

El rector alzó su cabeza hacia el techo, como buscando en él la respuesta que se le había formulado. Se tomó un cierto tiempo para contestar.

—La verdad es que no como tal investigación, salvo una cosa, aunque no sé si les ayudará en algo —dijo sin dejar de mirar al techo.

—Bueno, dígalo y veremos qué pasa —contestó Antón.

—Llevaba cierto tiempo trabajando en algo que el llamaba el Proceso Castilla —soltó un suspiro de alivio, como si decirlo o no hubiera supuesto una gran decisión—. En sí mismo, a mi juicio, no es el proceso lo que llama la atención sino el tiempo que llevaba con ello, que han sido los últimos dos años y prácticamente le dedicaba casi todo su tiempo libre y parte del que no lo era, de hecho, tuve alguna conversación con él, porque su trabajo docente se resentía.

Julio y Antón se miraron. Ambos pensaban lo mismo y es que, fuera lo que fuera, había por fin algo en lo que profundizar. El rector les observaba a ellos aguardando algún comentario o pregunta, pues a pesar de las reticencias iniciales la conversación había discurrido por unos derroteros que habían sido de su gusto.

—Qué es el Proceso Castilla? —preguntó vivamente interesado Antón.

—Bueno, antes habría que explicar qué es un proceso —contestó el rector cambiando nuevamente la posición de sus piernas—. Los procesos, dentro de la Inquisición como institución, eran lo que hoy llamaríamos las instrucciones que realizaría un juez sobre los casos en un juicio penal, aunque en realidad iban más allá. En ellos se recogía todo lo que acontecía dentro del juicio, una especie de acta.

—Hombre, sin embargo no creo que los procesos recogieran, por ejemplo, las torturas a las que se sometía a las personas juzgadas, ¿no? —inquirió Julio.

—A veces sí se mencionaban los instrumentos utilizados. Tengan en cuenta que, en el fondo, la idea que se transmitía no es que a través de la tortura se lograra la confesión, sino que era una prueba divina que si era superada quedaba probada la inocencia del juzgado. Ahora bien, el profesor había encontrado a lo largo de sus pesquisas actas paralelas a los procesos en las que los escribanos, por el motivo que fuera, habían reflejado todas las torturas y sus consecuencias trágicas de las que eran objeto los reos con tal de conseguir la confesión.

—Pero es un contrasentido —dijo vivamente interesado Julio—. Si la idea es que fuera una prueba divina para probar la inocencia no parecía tener sentido querer arrancar una confesión, ¿no?

—Bueno, no siempre la Inquisición juzgó sólo herejías y además, a veces, había que encontrar culpables como fuera para mantener en vilo al pueblo y justificar la existencia de la Inquisición.

—¿Qué es el Proceso Castilla? —volvió a preguntar Antón.

—A ciencia cierta no lo sé. Sólo les puedo decir que era un proceso destinado a conocer los motivos del súbito enriquecimiento de tres nobles castellanos.

Antón y Julio meditaban las palabras que acababan de escuchar. El tema desde luego era apasionante, pero para ellos y el caso sobre el que trabajaban, les parecía todo muy lejano y no veían claro cómo encajar algo en algún sitio, aunque al menos había algo sobre lo que trabajar.

—¿Qué hacia la Inquisición metida en temas económicos? —Antón se iba emocionando.

—Ya les he dicho que no sé gran cosa sobre el particular, pero tengan en cuenta que, simplemente aplicando la lógica, pudiera ser que identificaran un posible resultado alquimista, ya saben: transformación de metales viles en preciosos y otras cosas, actividad esta seguida muy de cerca por la Inquisición y que en algunas ocasiones asocio directamente a la herejía pero, desde luego, no les puedo asegurar nada en ningún sentido.

—¿Tiene alguna documentación sobre el Proceso Castilla?

—No, lamentablemente no tengo ninguna, el profesor no me había mostrado nada y no sé dónde guardará esa documentación, si es que obraba en su poder.

—¿Tenía el profesor alguna afinidad política conocida? —preguntó casi a bocajarro Julio.

El hombre se envaró y les miró con aire casi de indignación. No contestó en el acto y se veía claramente que estaba inquieto y meditaba seriamente la respuesta. Aquello es lo que había estado temiendo desde que recibió la llamada anunciando la vista de los dos hombres.

—¿Qué tipo de afinidad es la que usted espera? —preguntó con tono sarcástico.

—No espero ningún tipo específico de afinidad, ¿o es que hay que esperar alguna en especial? —soltó Julio con picardía.

El rector de pronto se vio atrapado. Desde luego no se trataba de dos policías normales o al menos no en el concepto que el tenía de la Policía o de la Guardia Civil. Los observó con renovado interés. Decidió que lo mejor sería poner las cartas sobre la mesa.

—Está bien señores. Desconozco qué aspectos de la vida del profesor le pueden haber llevado a estas desgraciadas consecuencias. No sé qué afinidad política tenía ni en qué puede afectar eso a la investigación de ustedes, pero sí tengo clara una cosa y es que bajo ningún concepto voy a consentir que el buen nombre y prestigio de esta institución se vean afectados por este suceso por muy desgraciado que haya sido, así como tampoco voy a tolerar que la afinidad política de un profesor o alumno pueda ser tomada como referencia de la vocación política de la institución, la cual es, a todos los efectos, apolítica. Como ustedes podrán entender, yo leo la prensa y ya he visto cómo algún medio ha mencionado el hecho de que el profesor era hermano de un conocido abertzale.

El rector se puso en pie con expresión adusta en su rostro. Su mirada reflejaba una fría y distante actitud hacia ellos.

—Espero haber sido de ayuda para ustedes. Lamentablemente tengo que dejarles porque tengo compromisos ineludibles —dijo mientras estrechaba sus manos una vez ellos también se habían levantado de sus asientos—. Si precisan de mi colaboración no duden en contactar con mi secretario particular. Buenos días.

Los dos hombres se dispusieron a abandonar el edificio. Habían llegado a la conclusión de que difícilmente allí hallarían la colaboración que les ayudara en algo. Habían hablado con varios compañeros y alumnos del profesor sin encontrar nada fuera de lo común. El coche les esperaba fuera. La lluvia seguía cayendo incesantemente. La enormidad del edificio parecía oprimir a Julio; incluso ya en la calle no dejaba de recordarle al Escorial, que a él, particularmente, le había parecido siempre frío, distante y, no sabiendo por qué, algo tenebroso. Se cruzaron con un joven estudiante cargado de libros y carpetas que les miro con cierta curiosidad.

Entraron en el coche y Antón echó mano de su teléfono móvil. Llamó al oficial que tenía el mando del rastreo en Eunate. Cruzó unas breves palabras y cerró la tapa del teléfono con un chasquido de su lengua evidenciando así su disgusto. Se dirigieron a la vivienda del profesor donde ya estaba trabajando un equipo de la policía científica. Se había registrado absolutamente todo, buscando en sitios imposibles. Julio y Antón se dedicaron a revisar los papeles que habían dejado tras la búsqueda; no encontraron nada interesante. Un policía experto en informática había revisado a fondo el ordenador y tampoco ahí hallaron nada.

—Es extraño Julio —dijo Antón.

—Todo en este caso es extraño.

—No, me refiero a que es raro que siendo un investigador que ha trabajado tanto tiempo en algo no haya nada o alguien que sepa algo sobre el famoso Proceso Castilla.

—Bueno, como nos dijo un compañero suyo cuando registramos su despacho de la universidad, la mayoría de documentación en este tipo de investigación no se podía sacar de donde estaba, como máximo, consultar *in situ*.

—Sí, cierto, cierto, pero aún así algo debería haber, no sé, anotaciones, apuntes o transcripciones de los originales sobre los que trabajaba. No sé, no sé, es muy extraño.

—Pues no lo había pensado, pero creo que tienes razón, es raro.

—De todas formas, raro o no, yo tengo hambre —dijo jovialmente Julio. Antón miró su reloj.

—¡Ostras, tienes razón!, vamos a comer —se dirigió al conductor—. Juan vamos al Serantes II, ya sabes dónde.

—Desde luego —respondió éste.

Mientras se dirigían al restaurante, Antón llamó a Javier Alonso, el jefe de la unidad, para comentarle las últimas novedades. Tras unos cinco minutos de conversación, que coincidieron con su llegada al restaurante, Antón colgó y explicó a Julio que desde la salida en prensa de lo del profesor, el ministro en persona soplaba continuamente en el cogote de Alonso, así que tenían que sacar a su jefe del atolladero cuanto antes. Entraron y, por lo tarde que era, enseguida encontraron mesa libre para dos. Aprovecharon la succulenta comida a base de buen pescado para recapitular y poner en orden el día.

—La única pista que tenemos es el Proceso Castilla que, según el rector, debía situarse en el siglo XV o XVI, y la verdad es que eso no sé dónde buscarlo —dijo Julio—, supongo que habría algún archivo en alguna parte para ese tipo de cosas.

—Me temo que el archivo que tú dices puede ser, desde el Archivo Histórico Nacional, hasta cualquier iglesia perdida en cualquier sitio pasando por la Biblioteca Nacional. De todas formas, me huele que aunque lo encontremos nos iba a ser difícil establecer los parámetros necesarios para entenderlo en relación a la muerte del profesor.

—Sí, creo que tienes razón. Oye, yo optaría por volver al despacho y a la casa del profesor esta tarde.

—¿Por qué? —pregunto sorprendido Antón.

—Tengo una pequeña corazonada. Puede ser una tontería pero me gustaría comprobarlo.

—De acuerdo. De todas formas, habría que recurrir a la policía científica, y en especial a alguien que esté especializado en delitos contra el arte.

—¿Por qué el arte?

—Pues, porque aunque esto no es un delito contra el arte, el hecho de que alguien nos diga dónde podríamos encontrar documentación y además nos la ambiente y explique, pues mucho mejor. Es que si no, no sé por dónde empezar la búsqueda.

—¿Conoces o has pensado en alguien en particular?

—Creo que sí. Había una antigua compañera de promoción que escogió esa especialidad. Ahora está en la científica, pero habrá que consultar antes de hacer nada con Alonso, aunque, la verdad, me tiene preocupado Alonso. Últimamente no está nunca en la unidad y anda de arriba para abajo y nadie sabe en qué, en fin, no sé. Por cierto, te veo muy suelto para no haber participado nunca en una investigación.

—Hombre, una investigación de este calibre no pero sí en casos más domésticos, más de andar por casa, pero casos a fin de cuentas.

—No me irás a decir que averiguar quién envenenó las ovejas a quién, es lo mismo —dijo muy socarrón Antón. Julio le miro muy serio.

—Oye Antón; ya te dije al principio de conocernos que los de la capital venís siempre con aires de grandeza pero te voy a decir algo más: Al margen de los terroristas, organizaciones mafiosas y traficantes de todo tipo, hay todo un mundo del día a día en el que la gente sencilla tiene que sentirse protegida y atendida y es, perdón, somos esa gente sencilla la que, sin darse cuenta nadie, movemos realmente el mundo. Un hombre al que de pronto alguien envenena su ganado no sale en los periódicos, pero tiene un drama en su casa que hay que solucionar, y ese mismo hombre es el que paga unos impuestos para estar protegido, y con esos mismos presupuestos estamos tú y yo aquí, comiéndonos estas ostras que, por cierto, ¡están de muerte! ¡Ah! y otra cosa más: averiguar quién envenenó a las ovejas no es nada fácil —añadió con cierto aire a broma final.

Antón le observaba con detenimiento. Estaba realmente impactado con la disertación de Julio. Si se paraba a pensar, desde luego, llegaría a la misma conclusión que

Julio, porque en un principio el también pensaba así, pero el submundo en el que estaba siempre inmerso le había hecho perder el norte. Intentó quitar hierro al asunto.

—Bueno, Julio, en realidad era sólo una broma, una pequeña maldad por mi parte y no seré yo quien te quite la razón sobre todo lo que has dicho —dijo expresándose en un tono tremendamente conciliador—. Te ruego que si te ha sentado mal aceptes mis disculpas.

—Aceptadas quedan, aunque seguramente sea yo excesivamente susceptible con el tema —una amplia y sincera sonrisa se dibujaba en su rostro mientras lo decía.

—Me alegro por haberlo aclarado, aunque...

—¿Aunque que?

—Estaba claro desde el principio que el que envenenó las ovejas fue el boticario.

Ambos rieron con ganas contribuyendo así a relajar no sólo el ambiente, sino también a ellos mismos tras la tensión de los últimos dos días. Continuaron hablando de cosas intrascendentes el resto de la comida, conociéndose un poco más entre ellos; se dieron cuenta, por ejemplo, de que compartían afición por el mismo equipo de fútbol y que coincidían en varios hobbies. Tras el café, la sobremesa se alargó algo más de lo normal. Antón encendió un cigarrillo recostándose hacia atrás en su silla y estirando las piernas ostensiblemente, señal inequívoca de que se encontraba cómodo y relajado. Julio también estaba relajado y a su mente acudió el recuerdo de Ana. Dijo que iba a llamarla y Antón le cedió su teléfono móvil; mientras hablaba, Antón miraba hacia otro lado respetuosamente.

—¿Todo correcto? —preguntó Antón al finalizar la llamada Julio.

—Sí, todo en orden —y se quedó mirando a su acompañante agradeciéndole con los ojos el gesto—. Oye Antón, ¿te puedo hacer una pregunta personal? —dijo Julio.

—Sí, dispara —contestó Antón al tiempo que exhalaba una bocanada de humo.

—¿Estas casado?

—No. Lo estuve, pero hoy estoy separado. Bueno, no exactamente, porque simplemente vivíamos juntos, no legalmente casados —lo dijo con cierto hastío que no pasó desapercibido a Julio.

—Perdona, a lo mejor he sido excesivamente indiscreto.

—No, no, lo que pasa es que siempre que me preguntan me viene a la cabeza la incertidumbre de no haber hecho la típica elección correcta entre trabajo y pareja. Como ves no soy nada original.

—Vaya. ¿Hijos?

—No, gracias a Dios no.

—Gracias a Dios, ¿por qué?

—Pues porque mi separación fue así más sencilla, más fácil. Seguramente, si hubiera habido hijos, mi mujer, mi pareja, se hubiera atado a mí y hubiera sido más desgraciada aún de lo que ya fue conmigo. Así que tengo que dar gracias —contestó Antón

examinando los dibujos que hacía el humo de su cigarrillo. Apuró el vaso de orujo que tenía ante él—. Además, amigo Julio, he tenido ocasión de comprobar lo putrefacto de este mundo y no sé si yo, de haberlo sabido, habría elegido no haber nacido.

Había hablado con una carga de amargura y un profundidad que dejaron helado a Julio. Éste lo miró alucinado.

—Bueno, Antón, creo que hay también cosas muy hermosas.

Este clavó sus ojos sobre los de Julio con una mirada penetrante e incisiva, como si en los ojos de Julio buscara comprensión o respuestas. Duró unos segundos que fueron para ambos muy intensos y, sin darse cuenta, significaba un lazo de unión y comprensión entre ambos que perduraría por mucho tiempo. Antón estaba extrañado de sí mismo porque sus confidencias de tipo personal se podían contar con los dedos de una mano, por no hablar del reducido número de personas que gozaban de esa confidencialidad.

—Sí, tienes razón. No me hagas mucho caso cuando tenga arranques de tipo místico. A veces me pasa —dijo rompiendo el silencio Antón intentando darle cierto aire irónico a la frase, pero la verdad es que no le salió nada bien.

—A veces nos pasa a todos —sentenció Julio apurando un vasito de orujo. Antón encendió otro cigarrillo pero ya se había incorporado sobre su silla—. Por cierto, ¿decías que querías volver al despacho del profesor?

—¡Ah, sí!, mi corazonada. Podríamos ir ahora.

—¿Qué quieres encontrar?

—Bueno, la pregunta está bien hecha; en realidad quiero encontrar, porque no sé si estará, aunque para eso tendrían que enviarnos por fax las fotografías de los dos etarras de San Millán.

—¿Para qué?

—¿Recuerdas los datos de filiación de los etarras? —Julio asintió con la cabeza—. En esos datos se reflejaba que los dos habían cursado estudios universitarios, ¿no es así? —volviendo a asentir con un leve movimiento cada vez mas interesado—. Los dos eran vizcaínos, por lo que, aunque no lo pusiera en los datos, hay grandes posibilidades de que hubieran estudiado en Deusto. Si eso es así, incluso cabe la posibilidad de que hubieran sido alumnos del profesor o al menos hubieran tenido un contacto. Concluyendo: podríamos establecer un vínculo entre los dos etarras y el profesor.

Julio se quedó un momento meditando las palabras de su compañero y decidió que cabía la posibilidad de que estuviera en lo cierto.

—Vamos para allá entonces, llamaremos a Pilar para que nos envíe por fax las fotografías y los datos de filiación. Por el camino pensaremos cómo buscar la información en Deusto sin necesitar orden judicial, porque si el rector no quiere cooperar lo tendremos difícil.

BARAJAS, MADRID

El Boeing 727 de Alitalia había tomado tierra en el aeropuerto de Madrid-Barajas procedente de Fiumicino, Roma. Los pasajeros se dirigieron a recoger sus equipajes a la cinta transportadora, mientras uno de ellos, un hombre, se encaminaba directamente a la salida. Destacaba por ir vestido totalmente de negro, con un traje que se notaba era a medida y una camisa negra de la que sólo el botón del cuello estaba desabrochado. Todo su equipaje era un maletín, también de color negro. En la terminal le esperaban dos hombres que lo detectaron rápidamente. Tras los breves saludos de cortesía pertinentes, salieron a la calle donde les aguardaba un vehículo, justo en la puerta. Partieron a gran velocidad en dirección a Madrid.

Tras treinta minutos de trayecto, el coche penetraba en el recinto del palacio de La Moncloa. Se detuvieron en una de las alas del palacio, concretamente en la que tiene su despacho el ministro del Interior, y a la sazón, vicepresidente del Gobierno. En la puerta les esperaba un hombre que les acompañó directamente al despacho del ministro en la segunda planta del edificio. El asistente no llamó a la puerta del despacho sino que entró directamente. Estaba claro que se había preparado la visita.

—Bien venido, monseñor Franchescini, espero que haya tenido un viaje agradable —dijo el ministro al tiempo que le estrechaba la mano y besaba el anillo.

—Muchas gracias, ministro Aguilar. Siempre es un placer venir a su hermoso país.

—Tome asiento, por favor —dijo el ministro señalando un ala de su despacho donde había una mesa de caoba ovalada con sillas de mediano respaldo y brazos muy labrados—. Ilustrísima dirá en qué puede ayudar nuestro Estado al Estado Vaticano.

—Ante todo, señor ministro, queremos agradecer la deferencia de atendernos con esta premura, sabemos que modificar su agenda es tremendamente complicado. Su Santidad me ha rogado que le transmita su más sincero agradecimiento.

—Quedamos muy reconocidos, Monseñor.

El enviado del Vaticano tomó aliento y dispuso de unos brevísimos segundos antes de hablar.

—Bien, señor ministro. El Estado Vaticano ya hace unos años que, ante la desgraciada falta de vocación de nuestros jóvenes, decidió crear un sistema para proteger al máximo a nuestros clérigos, velando por su bienestar, además de su seguridad. Usted sabe, señor ministro, que el Estado Vaticano cuenta con su propio servicio de seguridad, cuya misión básica es la de velar por la Iglesia y sus integrantes. Hemos recibido la información de la muerte del sacerdote y profesor Gómez Lopetegui, que nos ha dejado profundamente consternados.

—Sí, ha sido realmente dramático. Ruego acepte nuestras condolencias —interrumpió el ministro.

—Gracias, señor ministro. En virtud de lo que le he referido hace un momento, y nuestra propia consternación, rogamos al Estado Español que acepte a nuestro personal del Servicio de Seguridad en su territorio con el fin de colaborar en el esclarecimiento de tan desgraciado suceso.

—¿Bajo qué condiciones, ilustrísima?

—Pues la de iniciar una investigación propia de la Iglesia, señor ministro, y corresponder de esta forma a nuestras propias directrices y normativas internas de funcionamiento, que por tener la antigüedad que tienen no son siempre fáciles de cumplir y comprender.

El ministro se levantó e introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón y se aproximó al ventanal que quedaba al lado de la mesa donde estaban sentados. Dio la espalda a su invitado y se quedó en silencio, contemplando los jardines a través del grueso cristal antibalas que además no permitía ver desde fuera el interior del despacho. Tardó unos instantes en hablar.

—Ilustrísima —dijo al final—, soy creyente, católico y practicante, aunque de un modo ocasional, todo hay que decirlo. Antes de su visita, sin tener al cien por cien la certeza del motivo, aunque lo imaginábamos, he estado despachando con el presidente del Gobierno, que es a la sazón, como yo, creyente, católico y practicante, en este caso asiduo. Para nosotros merece una atención preferente todo lo que pueda precisar de nuestro país el Estado Vaticano.

—Nos consta todo lo que usted está diciendo y sabemos que tradicionalmente España ha sido y es uno de los más grandes aliados y amigos, no sólo del Estado Vaticano, sino de la Iglesia y la fe cristiana.

El ministro se giró hasta encontrar de nuevo la mirada del clérigo y la mantuvo en silencio dos o tres segundos. El embajador vaticano, avezado en temas diplomáticos, supo enseguida que no iba a ser de su agrado lo que escuchara.

—Muchas gracias, ilustrísima. Sin embargo, en este caso, le rogaría circunscribiese a la figura del Estado Vaticano y dejara de lado a la Iglesia, ya que lo que me propone es un asunto de estado, no religioso, y digo que es de estado porque lamentablemente su estado lleva tiempo haciendo de incógnito, a espaldas de nuestro gobierno, lo que ilustrísima me propone hoy hacer de forma abierta, no sólo en este país sino en otros también, investigando hechos que se habían producido exactamente en los mismos términos que los del profesor Gómez Lopetegui.

El ministro había hablado sin perder la cara al embajador vaticano, que no había movido un solo músculo, aunque internamente su sorpresa había sido mayúscula. Su servicio secreto le había asegurado que no habían sido detectados en el transcurso de sus investigaciones. Se repuso y se puso en pie.

—Señor ministro, me gustaría hacer una llamada al Vaticano para darle una respuesta inmediata.

—Por supuesto, ilustrísima, por supuesto. Ya contábamos con ello. Ese teléfono que tiene ahí —dijo señalando un aparato en el centro de la mesa ovalada— tiene salida directa al exterior y le aseguro que su conversación no será grabada ni escuchada. Le dejo un par de minutos.

Salió y cerró tras de sí la puerta, dejando a su invitado con el auricular ya en la mano. Deambuló por el largo pasillo y a los cinco minutos exactos volvió a entrar. En ese momento el clérigo finalizaba su conversación.

—Bien, señor ministro. Reconocemos sus aseveraciones y rogamos acepten nuestras más sinceras disculpas. He sido autorizado directamente por Su Santidad para ponerle al día de nuestras investigaciones. Si el Estado Español, tras mi explicación, decide colaborar al cien por cien con el Estado Vaticano, tienen nuestro compromiso formal de que si el resultado final es el que creemos, serán partícipes al cincuenta por cien de dichos resultados.

—Pues sentémonos de nuevo. Le escucho, ilustrísima.